

INTER AESTUARIA BAETIS. ESPACIOS NATURALES Y TERRITORIOS CIUDADANOS PRERROMANOS EN EL BAJO GUADALQUIVIR¹

Eduardo Ferrer Albelda
Enrique García Vargas
Francisco J. García Fernández
Universidad de Sevilla

RESUMEN: Presentamos una síntesis del estudio de la explotación de los recursos y del poblamiento prerromano de las orillas del *lacus Ligustinus*. Hemos distinguido cinco ámbitos geográficos utilizando como criterios las características geomorfológicas del suelo y los patrones de asentamiento: el litoral occidental, el curso del río *Menuba*, la desembocadura del *Baetis*, la orilla nororiental y los esteros. Las diferentes estrategias documentadas permiten alejar la idea de la homogeneidad en los comportamientos poblacionales y percibir la individualización como el fenómeno más característico. Por último, valoramos la incidencia de la colonización fenicia en cada área y los procesos de urbanización consecutivos.

PALABRAS CLAVE: *Lacus Ligustinus*. Poblamiento. Recursos económicos. Período prerromano. Colonización fenicia. Urbanización.

INTER AESTUARIA BAETIS. PREROMAN LANDSCAPES AND POLITICAL TERRITORIES ON THE LOWER GUADALQUIVIR BASIN

ABSTRACT: We present a synthesis of the study of Pre-Roman resource exploitation and settlement on the shores of the *Lacus Ligustinus*. We have distinguished between five geographical units on the basis of the geomorphological characteristics of the terrain and the settlement patterns: the western shore, the banks of the river *Menuba*, the mouth of the *Baetis*, the north-eastern shore and the wetlands. The different strategies documented allow us to reject the idea of the homogeneity of the settlement behaviours and to identify individualisation as the most characteristic phenomenon. Finally, we assess the repercussion of the Phoenician colonisation in each area and the consecutive processes of urbanisation.

KEY WORDS: *Lacus Ligustinus*. Settlement. Economic resources. Pre-Roman period. Phoenician colonisation. Urbanisation.

I

El valle del Guadalquivir es, en rasgos generales, el resultado de la paulatina colmatación de una cuenca sedimentaria formada durante la orogenia alpina entre la elevación de las cordilleras Béticas y los rebordes meridionales del antiguo Macizo Hespérico (Sierra Morena)². Los procesos erosivo-

1 Trabajo adscrito a los proyectos *Sociedad y paisaje. Economía rural y consumo urbano en el sur de la Península Ibérica (siglos VIII a. C.-III d. C.)* (HAR 2008-05635/HIST) y *La construcción y evolución de las entidades étnicas en Andalucía en la Antigüedad (siglos VII a. C.-II d. C.)* (HUM-3482).
2 GOY, J. L., ZAZO, C. y RODRÍGUEZ-VIDAL, J. (1994): 131.

acumulativos que han dado forma al paisaje actual de la Tartésida pueden organizarse en tres grandes etapas, atendiendo al origen marino o continental de los materiales, a lo que habría que unir los movimientos neotectónicos, especialmente intensos en el tránsito al Cuaternario (periodo Villafranquiense), momento en que se eleva la meseta del Alcor³.

La primera etapa, la más prolongada, corresponde al Neógeno. En ella se produjo un primer relleno de materiales marinos sobre los rebordes montañosos y el fondo de la depresión⁴. Estos sedimentos marinos (calcarenitas, margas y arenas, principalmente) conforman el sustrato de la mayor parte del valle medio y bajo del Guadalquivir, dando origen, por un lado, a las campiñas que se extienden a lo largo de su margen izquierda, mientras que por el otro a la meseta del Aljarafe y la comarca del Campo, ya en la provincia de Huelva.

La transición al Cuaternario trajo consigo la continentalización de los procesos geomorfológicos como consecuencia del descenso del nivel del mar y el desarrollo de una red fluvial básica que irá dibujando con el tiempo el curso del Guadalquivir y de sus principales afluentes⁵. La intensa dinámica erosivo-acumulativa protagonizada por el Guadalquivir durante el Pleistoceno generó un complejo y potente sistema de terrazas, sobre todo en su curso bajo, que desciende casi sin solución de continuidad desde el escarpe de los Alcores hasta el cauce actual⁶,

extendiéndose incluso por debajo de los terrenos ocupados posteriormente por las marismas⁷. Asimismo, se observa una fuerte asimetría entre las dos márgenes del valle, sobre todo a partir de Córdoba, a medida que el triángulo formado por la cuenca sedimentaria se ensancha. Ello responde a la distinta caracterización del sustrato en el contacto entre el borde meridional del zócalo Hespérico y los materiales neógenos de la Depresión⁸, así como a los cambios de orientación del propio río, cuyo curso va a ir abandonando los escarpes meseteños que bordeaba por su lado derecho para tomar una dirección sur⁹. De este modo, mientras que en la margen izquierda pueden reconocerse hasta 14 niveles completos de terraza, alcanzando los 20 km de anchura en las proximidades de Sevilla, en la margen derecha sólo encontramos pequeños retazos aislados dispuestos escalonadamente sobre los depósitos neógenos que sobremontan las primeras estribaciones de Sierra Morena.

La tercera etapa corresponde al Holoceno y llega hasta la actualidad. El deshielo de la última glaciación provocó una subida del nivel del mar (Transgresión Flandriense) llegando a los 2 m por encima de la cota actual (c. 6000 BP). Como resultado, la línea de costa ascendió hasta los alrededores de Sevilla y las cotas más bajas de la Depresión quedaron sepultadas bajo las aguas¹⁰. Se formó, de este modo, una amplia ensenada litoral conocida históricamente como *lacus Ligustinus*, al tiempo que el estuario del

3 RODRÍGUEZ VIDAL, J. (1989a): 24-25.

4 No obstante, desde el punto de vista geológico pueden diferenciarse dos grandes unidades: los materiales preorogénicos, representados por las series de albarizas o margas blancas que encontramos a lo largo del contacto entre el Subbético y la Depresión, entre las actuales provincias de Sevilla y Cádiz; y los materiales postorogénicos, constituidos por una diversificada serie transgresivo-regresiva de depósitos de calcarenitas, margas y arenas que se extienden principalmente por la provincia de Huelva y los sectores central y occidental de las de Sevilla y Cádiz respectivamente: VALLESPÍ, E. *et al.* (1988): 60.

5 RODRÍGUEZ VIDAL, J. (1989b): 27-31.

6 DÍAZ DEL OLMO, F. y VALLESPÍ, E. (1988): 37-35; DÍAZ DEL OLMO, F. *et al.* (1989): 33-42; DÍAZ DEL OLMO, F., VALLESPÍ, E. y BAENA, R. (1992): 193-210, entre otros.

7 ARTEAGA, O. y ROOS, A. M.^a (2007): 59.

8 DÍAZ DEL OLMO, F. y VALLESPÍ, E. (1988): 60; DÍAZ DEL OLMO, F. y otros (1989): 34-35.

9 DRAIN, M., LHÉNAFF, R. y VANNEY, J. R. (1971): 16.

10 ARTEAGA, O., SCHULZ, H. D. y ROOS, A. M.^a (1995): 99-134.

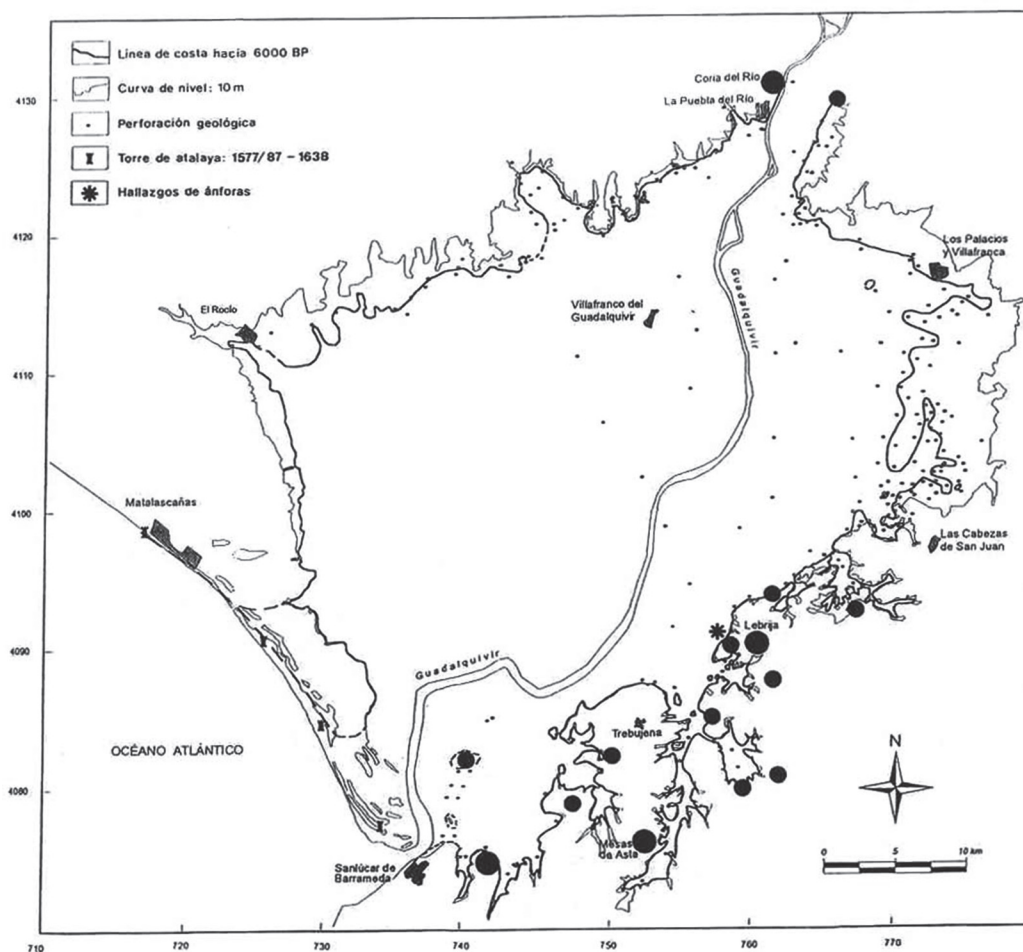


Fig. 1. El golfo tartésico en época protohistórica, según Arteaga, Schulz y Roos (1995)

Guadalquivir retrocedió hacia el interior hasta situarse entre las actuales localidades de Coria y Alcalá del Río. Quedó definida en este momento la red fluvial que con pocos cambios ha llegado hasta el presente, con una amplia llanura de inundación, delimitada por las terrazas bajas, y un complejo sistema de meandros, especialmente dinámico en su curso inferior, aguas abajo de su confluencia con el Genil. En torno a este eje se disponen las principales unidades ecológicas que conforman el Bajo Guadalquivir: la comarca de El Campo, el escarpe del Aljarafe y las formaciones de piedemonte en la margen izquierda; las terrazas del Guadalquivir y Los Alcores

en la margen derecha; y una amplia campiña al sur, entre las estribaciones Subbéticas y la costa oriental del *lacus Ligustinus*.

Sin embargo, el paisaje resultante no puede considerarse en ningún caso una imagen fija, sino un sistema dinámico determinado por la presencia del hombre sobre un medio en constante cambio. En efecto, la intensificación de las labores agrícolas desde la Edad del Cobre aceleró los procesos sedimentológicos de origen continental que contribuyeron a la paulatina colmatación de la antigua ensenada costera hasta dar lugar a las actuales marismas. Asimismo, los cambios en el curso del Guadalquivir, espe-

cialmente el desplazamiento de su desembocadura hacia el sur y la conformación de un sistema multicanal en su tramo bajo, condicionaron las posibilidades de asentamiento y aprovechamiento económico (navegabilidad, explotación agrícola, etc.) desde inicios de la Edad del Hierro hasta finales de la Antigüedad.

a) El lacus *Ligustinus*

El lacus *Ligustinus* constituía desde finales de la Prehistoria y durante la Antigüedad un mar interior de límites más o menos precisos, aunque cambiantes, bajo el influjo de las mareas y de una intensa dinámica fluvial. Así aparece descrito en los testimonios literarios grecolatinos, que se refieren indistintamente a este espacio como «un gran lago» (Mela, III 5), un «estuario» (Plinio, *nat.* 3.11) o un «golfo» (Avieno, *ora*, 284). No en vano, si algo caracteriza a la antigua ensenada tartésica es su constante transformación, acelerada en buena medida bajo la presión ejercida por el hombre en los últimos 4000 años y que se prolonga hasta el presente¹¹.

Los trabajos llevados a cabo a principios de los años noventa en el marco del «Proyecto Geoarqueológico de las Marismas del Guadalquivir» han permitido definir los ritmos en el proceso de colmatación, así como los cambios operados en el trazado de la antigua línea de costa, especialmente en relación con la actividad antrópica y su incidencia en las posibilidades de navegación¹². Basándonos en sus conclusiones, este proceso se puede resumir a grandes rasgos en las siguientes fases¹³:

1. Durante el máximo transgresivo flandriense (c. 6000 BP) el *golfo marítimo del Guadalquivir* alcanza su máxima extensión.

2. Alrededor del 2000 a. C. la situación de las orillas del golfo apenas había variado, aunque ya se había formado un delta en la zona de la desembocadura del río que avanzaba progresivamente hacia el mar. Al mismo tiempo, las profundidades en el centro del golfo se vieron reducidas considerablemente debido también a la sedimentación.
3. Durante el Bronce Final y el periodo orientalizante el avance en el proceso de colmatación se manifestó en la progresión del delta formado en el denominado *estrecho de Coria*, aunque el *golfo marítimo* era todavía en su mayor parte navegable.
4. Entre el siglo V a. C. y la conquista romana la línea costera del delta habría penetrado mucho más hacia el golfo, cuyas orillas laterales fueron avanzando igualmente varios cientos de metros. Estas reducciones laterales pudieron dar lugar a la formación de los esteros, así como a la emergencia de nuevos terrenos secos, aunque inundables, aguas abajo del *estrecho de Coria*.
5. En torno al cambio de Era la desembocadura se habría trasladado más hacia el sur, hasta las cercanías del estero de Lebrija, conformando una enorme llanura de inundación desde donde la navegación comienza a ser fluvial. Paralelamente, las orillas del golfo se iban reduciendo, lo que incide aún más en la formación y propagación de los esteros mencionados por Estrabón (III, 2.3-5).
6. A partir de la Antigüedad Tardía, y sobre todo durante el Medievo, se fueron colmatando también las zonas cercanas a la actual desembocadura, dando lugar al entorno palustre que conocemos para la historia más reciente de las Marismas.

11 CRUZ VILLALÓN, J. (1988): 109-123.

12 ARTEAGA, O. y ROOS, A. M.^a (1995): 329-339; SCHULZ, H. D. *et al.* (1995): 323-327.

13 ARTEAGA, O., SCHULZ, H. D. y ROOS, A. M.^a, (1995): 99-134.

Si atendemos a las posibilidades para el asentamiento (topografía, fuentes de agua, etc.) y a la localización de los recursos potenciales, se aprecia una notable diferencia entre las orillas oriental y occidental del *lacus Ligustinus* que tiene su reflejo, como no podía ser de otra manera, en la distribución del poblamiento y en las estrategias de explotación económica. La orilla oriental está formada principalmente por depósitos de origen terciario, salvo en la zona norte, donde la campiña ha sido modelada y sobremontada parcialmente por las terrazas medias del Guadalquivir, que se extienden por los términos municipales de Dos Hermanas, Utrera y Los Palacios y Villafranca. En estos lugares la topografía es más llana, mientras que los suelos se muestran poco aptos para la agricultura, al menos hasta la generalización del arado de hierro en época romana. El poblamiento se concentró durante siglos en los rebordes de las terrazas, en pequeñas elevaciones o «puntales», al resguardo de las inundaciones y cerca de los cursos de agua, que ofrecían una vega fértil y abundantes recursos hídricos.

Al sur de Las Cabezas de San Juan la situación cambia sensiblemente. La campiña ofrecía límites más netos en relación con la línea de costa, con grandes promontorios amesetados y amplias ensenadas, muchas de ellas navegables, que permitían la comunicación con las tierras del interior. A las posibilidades estratégico-defensivas hay que unir el abastecimiento de agua¹⁴, garantizado por la presencia de un potente acuífero que desciende desde las estribaciones suroccidentales del Sistema Bético (sierras de Monte-

llano, Gibalbín, San Cristóbal) hasta la antigua ensenada litoral, donde se aproxima a la superficie¹⁵. A pesar de ello, los cursos de agua se reducen en este sector a pequeños riachuelos y arroyos con un régimen muy inconstante, aunque suficiente en el pasado para abastecer a cultivos estacionales¹⁶. Existen también bastantes lagunas, en su mayor parte salobres (Val del Ojo, Los Tollos, El Taraje, etc.), lo que las convierten en lugares idóneos para la cría del ganado vacuno. Tienen su origen en las depresiones existentes entre los cerros y lomas, por lo general espacios inundables con un drenaje deficiente.

Por su parte, los depósitos neógenos que conforman la Campiña Sur presentan una amplia variedad de tipos de suelos y situaciones edáficas que generan, a su vez, un conjunto heterogéneo de tierras tanto en lo que se refiere a sus características litológicas como a su capacidad agrícola potencial¹⁷. Se trata principalmente de margas blancas y silíceas (albarizas), margas calizas de color claro, así como, en menor medida, margas arenosas y areniscas¹⁸, sobre los que se desarrollan inceptisoles y alfisoles de alto rendimiento económico¹⁹, especialmente para los cultivos de secano (olivo y vid).

La orilla occidental del *lacus Ligustinus* viene a corresponderse geológicamente con los rebordes de un enorme glacis procedente del desmonte del Zócalo Hespérico. Desde el punto de vista litológico es el dominio de las arenas y gravas, con suelos pobres y ácidos (entisoles mayoritariamente), poco aptos para la agricultura. El relieve no supera los 30 metros sobre el nivel del mar, por lo que tampoco ofrece lugares favo-

14 GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2006): 916-921.

15 En las zonas más bajas el nivel freático se sitúa a menos de 10 metros de profundidad, lo que facilita su aprovechamiento mediante la realización de sencillos pozos. Por otra parte, no es infrecuente la aparición de fuentes naturales, especialmente en los puntos donde se produce una variación en el sustrato (entre dos formaciones de distinto origen) y, por tanto, un cambio en el nivel de base del acuífero.

16 En algunos casos pueden desarrollar un sistema fluvial completo, llegando incluso a conformar pequeños niveles de terraza, lo que es indicativo de una dinámica erosivo-acumulativa relativamente intensa durante el Cuaternario.

17 GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2006): 925-928.

18 CARO BELLIDO, A. (1991): 16-17.

19 ROSA, D. de la y MOREIRA, J. M. (1987).

rables para el asentamiento humano. Las poblaciones asentadas en este lugar se han dedicado tradicionalmente a la explotación de las márgenes de la marisma, ya sea con fines agrícolas o ganaderos, mientras que la mayor parte de las tierras del interior han permanecido hasta la actualidad como dehesas o zonas de bosque bajo, destinadas al pastoreo o al aprovechamiento de los recursos cinegéticos²⁰.

Estas circunstancias deben, no obstante, ser matizadas en el entorno del Guadiamar, un curso navegable en la Antigüedad que penetraba directamente en la comarca de El Campo y que comunicaba la cuenca minera de Aznalcóllar con la desembocadura del Guadalquivir. A su indiscutible potencial estratégico hay que unir la capacidad agrícola de sus márgenes, que convierten a este río desde finales de la Prehistoria en un foco de atracción para el poblamiento.

Por lo que respecta a la comarca de El Campo, se trata de una depresión erosiva de unos 30 km de largo por 5 o 6 km de ancho que se extiende entre Sierra Morena al norte, el escarpe del Aljarafe y la ribera del Guadalquivir al sur. Está formada por colinas alargadas de superficie aplanada y valles marcados a intervalos regulares, resultado del modelado ejercido por los afluentes del Guadiamar y del Huelva sobre las margas miocenas²¹. La superficie de la depresión descende en sentido oeste-este (entre 60 y 40 m.s.n.m.) para enlazar con la terraza media de la margen derecha del Guadalquivir, aunque en este punto queda suspendida a más de veinte metros por encima de la vega, al abrigo de las inundaciones²². El substrato está compuesto principalmente por margas arcillosas muy impermeables, lo que da lugar a suelos duros, con un acusado carácter vértico, aunque relativamente fértiles²³. No obstante, las reservas de agua subterránea

son precarias debido a la impermeabilidad y la escasa profundidad del substrato. Ello dificulta no sólo la puesta en explotación de determinados cultivos, sino también la propia ocupación humana. El aprovechamiento económico de estas tierras se ha limitado esencialmente al cultivo de especies herbáceas de secano, tales como el trigo, si bien desconocemos en gran medida el paisaje agrario de esta comarca durante la Antigüedad.

b) El paleoestuario del Guadalquivir

Al igual que ocurre con el antiguo golfo tartésico, la desembocadura del Guadalquivir constituye un sistema sumamente activo, fruto del contacto entre los procesos continentales y la dinámica oceánica. Estas circunstancias han determinado su compleja morfología, así como el paulatino desplazamiento del estuario desde la cabecera de la ensenada, en los alrededores de Sevilla, hasta su actual ubicación en Sanlúcar de Barrameda. Aunque efectivamente los cambios morfogenéticos se han acelerado fundamentalmente en los últimos 2000 años, gracias sobre todo a la intensa actividad antrópica desarrollada en las márgenes del Guadalquivir y de sus principales afluentes, también es cierto que el paleoestuario no permaneció estable en los siglos que median entre el inicio de la presencia fenicia y el final de la ocupación romana; muy al contrario, los datos geoarqueológicos dibujan un paisaje en constante transformación definido por el paso de un medio eminentemente marítimo a una amplia llanura aluvial, con brazos cambiantes y un intrincado sistema de meandros. Es posible definir las fases de este proceso gracias, una vez más, a los resultados del «Proyecto Geoarqueológico de las Marismas del

20 De hecho, todo el reborde suroccidental de la marisma constituye desde la Edad Media una reserva de caza, perteneciente durante siglos al Señorío de Sanlúcar y convertido hoy en el Parque Nacional de Doñana.

21 DRAIN, M., LHÉNAFF, R. y VANNEY, J. R. (1971): 18.

22 *Ibid.*: 42.

23 *Ibid.*: 43.

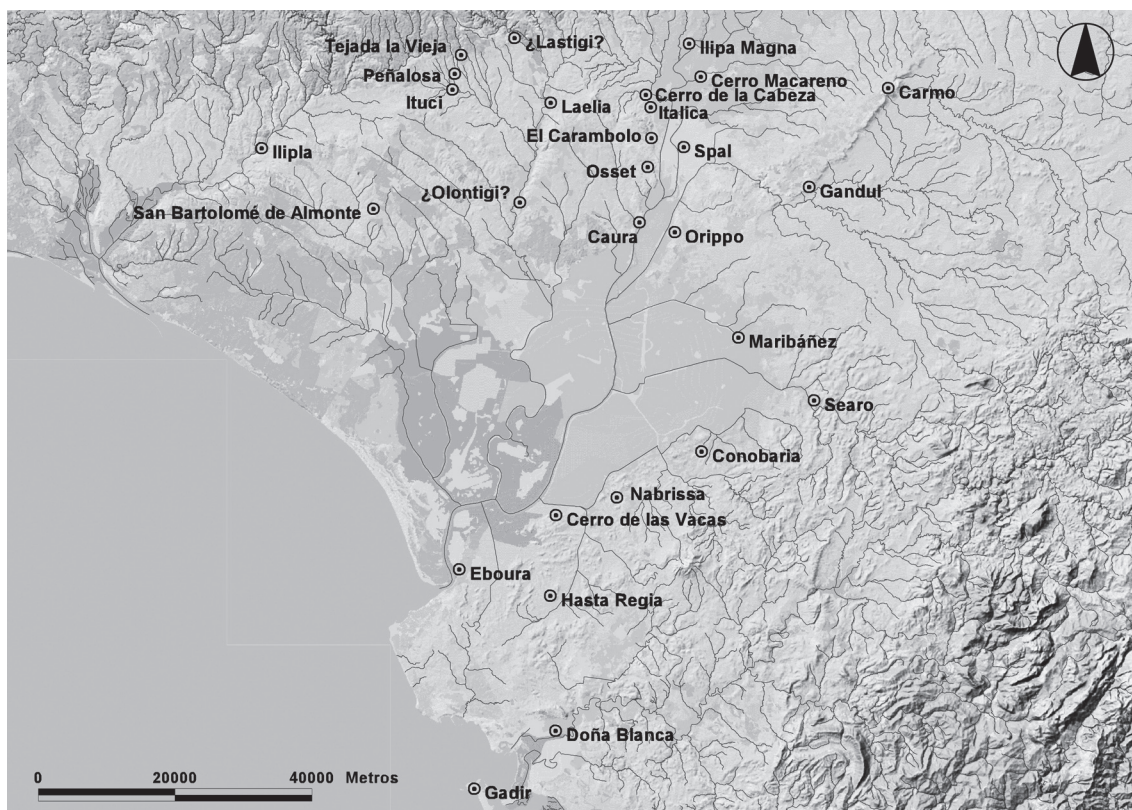


Fig. 2. Principales núcleos urbanos del paleoestuario del Guadalquivir y el golfo tartésico

Guadalquivir», así como a los estudios llevados a cabo por F. Borja y M.^a Ángeles Barral en distintos puntos de la llanura aluvial²⁴:

1. Durante el máximo transgresivo flandriense (c. 6000 BP) la desembocadura del Guadalquivir se situaba a la altura de Coria del Río (*estrecho de Coria*), dejando tras de sí un amplio estuario fluvio-lacustre que ocupaba toda la actual llanura aluvial entre Alcalá del Río y Dos Hermanas.
2. El aporte sedimentario del Guadalquivir durante la Edad del Cobre (c. 2200 a. C.) dio como resultado la formación de un delta frente a su desembocadura. Este delta penetró profundamente en el golfo, aunque la línea de costa y el estuario permanecieron más o menos estables.
3. A finales del II milenio (c. 1280 a. C.) el delta había crecido hacia el sur, dando lugar a dominio interior fluvio-lacustre, netamente diferenciado de la antigua ensenada litoral por el *estrecho de Coria*. Este espacio, que conocieron los primeros fenicios a su llegada, se caracterizaba por la alternancia de áreas inundables y un río poco definido con múltiples canales entrelazados, separados por barras de gravas y arenas.
4. Durante la Edad del Hierro se produce la paulatina transformación de este modelo

²⁴ ARTEAGA, O., SCHULZ, H. D. y ROOS, A. M.^a, (1995): 99-134; ID. 43-111; BORJA BARRERA, F. (1995): 24-37; BORJA, F. y BARRAL, M.^a A. (2005): 5-36.

fluvial de tipo *braided* (múltiples canales) en un modelo meandriforme de uno o varios canales principales. Este proceso, que se intensifica al final del periodo, culmina con la aparición de una llanura aluvial de carácter arcilloso plenamente desarrollada y la consolidación de cauces navegables más o menos definidos²⁵.

5. En torno al cambio de Era nos encontramos con la típica dinámica de un sistema meandriforme, con desplazamientos laterales de canales, abandono de cauces y una llanura de inundación más o menos consolidada. Las nuevas condiciones morfo-hidrológicas de estabilidad que se inician en este momento tienen su principal reflejo en la ubicación de infraestructuras urbanas (instalaciones portuarias, espacios productivos, necrópolis) directamente sobre el techo de la vega aluvial, entre 2 y 4 m.s.n.m.
6. A finales de la Antigüedad y durante los primeros siglos Edad Media se producen los cambios más radicales en el paisaje fluvial del Bajo Guadalquivir, dando lugar, por un lado, a la emergencia de las marismas y, por el otro, a la conformación de la llanura aluvial actual. Las condiciones de estabilidad sedimentaria que habían caracterizado a los siglos del Alto Imperio desaparecieron, dando paso a episodios de inundación que colmataron, en muchos casos, las construcciones que se habían instalado años atrás sobre la llanura de inundación. Asimismo, los desplazamientos del canal o canales principales se acentúan en este momento, contribuyendo al abandono de algunos de los principa-

les núcleos que, como Itálica u *Oripipo*, quedan ahora alejados del tráfico fluvial.

El antiguo estuario del Guadalquivir se encuentra flanqueado, a su vez, por dos unidades ecológicas de diferentes características físicas y humanas: los niveles aluviales de terraza, que se disponen principalmente a lo largo de su margen izquierda, y la plataforma del Aljarafe, que recorre la mayor parte de la orilla derecha. Por lo que respecta a esta última, aparece descrita como una formación tabular resultado de la elevación de depósitos marinos del Mioceno Superior, principalmente arenas y arcillas arenosas relativamente estables, aunque menos resistentes que las calcarenitas y calizas arenosas que conforman la mesa de Los Alcores²⁶. Limita al este con el valle del Guadalquivir, al oeste con el río Guadamar y al norte con la llanura de El Campo, mientras que hacia el sur desciende suavemente hasta solaparse con las colinas que bordean la margen derecha de la marisma. Las tierras del Aljarafe son en su mayor parte alfisoles sobre arenas calcáreas y margas²⁷. Se trata de suelos rojos desprovistos de grava, de textura arenosa o areno-limosa, con buena permeabilidad y penetrabilidad de raíces, aunque escasos en materia orgánica y nitrógeno²⁸. Estas carencias vienen compensadas, no obstante, por presencia de un potente manto freático, cuya profundidad se sitúa en torno a los 10 m y se inclina de forma regular de norte a sur²⁹. Estos suelos ligeros y secos han convertido al Aljarafe durante siglos en una región atractiva para la agricultura, especialmente para el cultivo del olivo, que constituye el elemento paisajístico característico

25 En este contexto (en torno al siglo I a. C.) es donde debe insertarse la conocida referencia de Estrabón a la navegación por el Guadalquivir: «Así pues, hasta *Hispalis* la navegación se efectúa en embarcaciones de tamaño considerable, a lo largo de un trecho no muy inferior a quinientos estadios; hasta las ciudades de más arriba hasta *Ilipa* en barcos más pequeños, y hasta *Corduba* en lanchas fluviales hechas hoy día con maderos ensamblados, pero que antiguamente se confeccionaban a partir de un solo tronco. El tramo superior hasta Castalón no es ya navegable» (Str., III 2.3).

26 DRAIN, M., LHÉNAFF, R. y VANNEY, J. R. (1971): 39.

27 ROSA, D. DE LA y MOREIRA, J. M. (1987).

28 CEBAC (1962): 64-65, 158-159.

29 DRAIN, M., LHÉNAFF, R. y VANNEY, J. R. (1971): 39.

de esta comarca al menos desde época romana³⁰. Del mismo modo, la proximidad del escarpe del Aljarafe a la vega del Guadalquivir y su altura relativa con respecto a la llanura aluvial lo convierten en un lugar idóneo para el asentamiento humano, al resguardo de las inundaciones y en conexión con las principales vías de comunicación que se dirigen tanto a la comarca de El Campo como a los distritos mineros de Aznalcórdoba y Sierra Morena.

Las terrazas del Guadalquivir constituyen, por su parte, un sistema de depósitos aluviales escalonados y embutidos que se extienden casi sin solución de continuidad desde el escarpe de los Alcores y los rebordes de la campiña, donde superan los 150 m.s.n.m. hasta el cauce actual. Los trabajos dirigidos en los años ochenta por F. Díaz del Olmo, E. Vallespí y, en especial, la Tesis Doctoral de R. Baena, han permitido identificar hasta 14 niveles de terraza, que fueron agrupadas en cuatro conjuntos morfogénicos³¹:

- a. Altas Topografías aluviales y Complejos de Terrazas Muy Altas (T1-T4): entre +200-215 m y +142-145 m. Únicamente se localizan en el valle medio a modo de retazos aislados.
- b. Complejo de Terrazas Altas (T5-T9): entre +142-145 m. y +50 m. Están presentes en toda la margen izquierda del valle y constituyen el cierre de la cuenca hidrográfica del Corbones por el norte.
- c. Complejo de Terrazas Medias (T10-T12): entre +45-55 m y +35-40 m. Se presentan

oscilando entre ambos márgenes del valle. Sus aluvionamientos se muestran solapados, con gran potencia (entre 6 y más de 15 m) y frecuentemente sobremontados por formaciones lacustres.

- d. Terrazas Bajas y Complejo de Terrazas Muy Bajas (T-13-T14): por debajo de +13-14 m. Corresponden a niveles embutidos de evolución Tardiglaciario-Holoceno.

A nivel edafológico nos encontramos con un complejo de entisoles, inceptisoles y alfisoles sobre arcillas arenosas, arenas, gravas y conglomerados de terraza con costras calcáreas³². Por lo que respecta a su distribución, las terrazas superiores son el dominio de los suelos rojos fersialíticos, mientras que en las terrazas medias y bajas predominan los suelos pardos y pardos fersialíticos, dando paso a los suelos aluviales a partir de los rebordes de la llanura de inundación³³. Estos suelos pueden ser calificados, en general, como suelos pobres en elementos nutritivos, en materia orgánica y carbonato cálcico, que suele acumularse a profundidades variables en forma de nódulos y encostramientos calcáreos³⁴. Este nivel carbonatado condiciona asimismo la captación y acumulación de agua freática, especialmente en las terrazas altas, donde se sitúa a poco menos de 5 m de profundidad, dando lugar localmente a la formación de lagunas cuando el drenaje es deficitario. Por el contrario, el acuífero de las terrazas medias, donde los depósitos aluviales son más arenosos y las concreciones calizas más débiles, puede alcanzar los 10 m de espesor³⁵.

30 CARABAZA BRAVO, J. M. (1999): 226.

31 DÍAZ DEL OLMO, F. y VALLESPÍ, E. (1988): 37-35; VALLESPÍ, E. *et al.* (1988): 59-69; DÍAZ DEL OLMO, F. *et al.* (1989): 33-42; DÍAZ DEL OLMO, F., VALLESPÍ, E. y BAENA, R. (1992): 193-210; BAENA ESCUDERO, R. (1993).

32 ROSA, D. DE LA y MOREIRA, J. M. (1987).

33 DÍAZ DEL OLMO, F. *et al.* (1989): 40.

34 CEBAC (1962): 156. Los horizontes carbonatados son frecuentes en las terrazas altas, dando lugar a la formación de costras calcáreas cuya potencia puede llegar al metro de espesor, mientras que en las terrazas medias la concentración de carbonatos no supera la formación nodular o laminar, menos densa y más pulverulenta: DRAIN, M., LHÉNAFF, R. y VANNEY, J. R. (1971): 56-57; DÍAZ DEL OLMO, F. *et al.* (1989): 39.

35 DRAIN, M., LHÉNAFF, R. y VANNEY, J. R. (1971): 57-58.

Estas terrazas, sobre todo las superiores, han constituido tradicionalmente medios poco productivos para la agricultura debido a las dificultades que presentan sus suelos rojos, con abundantes cantos y gravas en superficie, y provistos de una costra caliza a escasa profundidad que impide no sólo su roturación, sino incluso en ocasiones la penetrabilidad de las raíces³⁶. Como veremos a continuación, la margen izquierda del antiguo estuario no sostuvo una ocupación permanente durante la Protohistoria, salvo en los rebordes de las terrazas medias y bajas, orientados hacia la vega del Guadalquivir, iniciándose una tímida explotación agrícola con asentamientos estables sólo a partir de la colonización llevada a cabo por Roma en torno al cambio de Era. Desde entonces estas tierras se han destinado casi con exclusividad al cultivo del olivo³⁷, que perdura hasta nuestros días en municipios como el de Dos Hermanas, La Rinconada, Los Rosales, Fuentes de Andalucía, La Campana o Écija.

II

Consideramos prematura, y por ende arriesgada, la pretensión de exponer una visión completa y sintética del poblamiento y de la explotación de los recursos en las comarcas ribereñas de la ensenada bética en época prerromana sin recurrir a generalidades y a tópicos como la feracidad de las campiñas y las posibilidades económicas brindadas por el carácter marítimo-fluvial del entorno, o el recurso a la extrapolación de los datos transmitidos por los autores grecolatinos, Estrabón fundamentalmente, a períodos

anteriores³⁸. El pudor científico y el rigor en el análisis del registro arqueológico exigen analizar todos y cada uno de los recursos documentales que, como veremos *infra*, permiten alejar la idea de un entorno homogéneo en sus estrategias y desarrollos históricos, y percibir la individualización de éstos como el fenómeno más característico.

Dicho de otra manera, no se pueden establecer patrones de comportamiento poblacional ni modelos generales de explotación de recursos pues, como hemos visto en las páginas introductorias, el paisaje de esta extensa región es muy diverso, por lo que la adaptación de las comunidades a éstos y su implantación en el territorio tuvieron lógicamente respuestas variadas. De hecho, *grosso modo*, podemos distinguir hasta cinco áreas que pueden ser individualizadas por una u otra razón: 1) el litoral occidental de la ensenada tartésica, 2) la antigua desembocadura y el curso del río Guadiamar, 3) la paleodesembocadura del Guadalquivir, 4) la orilla nororiental de la ensenada (aproximadamente los términos municipales de Dos Hermanas y Los Palacios y Villafranca), y 5) los esteros de la orilla suroriental, desde Las Cabezas de San Juan hasta Sanlúcar de Barrameda.

Lo cierto es que la base documental literaria y arqueológica sobre la que se debería basar nuestro estudio es, en cuanto a la exégesis literaria, extremadamente lábil, y en lo que respecta al registro arqueológico, desigual y de interpretación compleja. Por este motivo nos limitaremos a exponer la documentación y el estado actual de los conocimientos, no sin aprovechar la ocasión de proponer algunas hipótesis sobre las que

36 GRANADO, C. y SANCHO, F. (1985): 113 y 115.

37 *Ibid.*: 115.

38 Los antecedentes más reseñables, aunque insertos en estudios generales, en PELLICER, M. (1983): 825-836; ESCACENA CARRASCO, J. L. (1987): 273-298; ESCACENA CARRASCO, J. L. y BELÉN DEAMOS, M.^a (1997): 137-159; BELÉN DEAMOS y ESCACENA, J. L. (1997): 137-160; BELÉN DEAMOS, M.^a (2000): 79-115; ESCACENA CARRASCO, J. L. (2000a): 116-136; IZQUIERDO, R. y FERNÁNDEZ, G. (2005): 709-730; FERRER, E. y BANDERA, M.^a L. de la (2005): 565-574; FERRER, E. *et al.* (2007): 195-224. El estudio más completo y pormenorizado en GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2003): 1008 ss.; ID. (2005): 891-900.

las investigaciones futuras deberán ejercer su labor crítica.

Primeramente, pocas, por no decir ninguna, son las referencias literarias griegas directas anteriores a la conquista romana atribuibles claramente a esta región, si exceptuamos lógicamente todas aquellas que hablan de *Tarteso* y tartesios, ya lo consideremos hidrónimo, corónimo o etnónimo, pues toda esta área se integró indiscutiblemente en lo que geográficamente se pretendía referenciar con ellos: los habitantes y las tierras situadas más allá de las Columnas de Heracles bañadas por el río homónimo³⁹.

Citas aisladas, probablemente originarias de Hecateo de Mileto, refieren los nombres de dos *poleis* de *Tartessos-Tartesia*, *Elibirge*⁴⁰ e *Ibila*⁴¹, dos *hapax* que impiden hacer una valoración mínimamente verosímil no sólo de su localización aproximada, sino también de cualquier otro aspecto referencial. Tan sólo en el caso de *Ibila* la fuente específica que tenía minas de oro y plata, lo que, como señala E. Ganguntia⁴², concuerda bien con otros topónimos y etnónimos arcaicos de Iberia relacionados con metales, como la mastiena *Molibdina*, «la del plomo».

Sin embargo, aunque indirecto, el uso del término *polis* y la existencia de *poleis* entre tartesios y mastienos, independientemente del problema de su filiación étnica⁴³, pueden ser indicativos, según hemos interpretado recien-

temente⁴⁴, de las concomitancias que desde el punto de vista sociopolítico y de la morfología «urbana» de los asentamientos existía entre las *poleis* griegas y las extremo-occidentales al final de la época arcaica. Con ello queremos decir que estos periégetas griegos, que tenían una imagen del Extremo Occidente basada en parte en la visión autóptica de aquellos navegantes jonios⁴⁵ frecuentadores de los emporios fenicios de Tarteso (*Gadir*, *Onuba*), no concebían estos parajes como lugares ajenos a la civilización e indisolublemente unidos al mito, sino como espacios integrados en la ecúmene, en los que era posible el desarrollo de *poleis*. Como señala O. Murray⁴⁶, las *poleis* mencionadas por Hecateo y otros autores de época arcaica responden a un prototipo de ciudad-estado no exclusivamente griego, caracterizado por su situación en las principales rutas comerciales y por disponer de áreas de mercado, por mantener un alto grado de autonomía política y generar fenómenos de aculturación en las áreas tribales circundantes. Ahondando en este concepto, hasta bien entrado el siglo VI a. C. el término *polis* era sinónimo de «hábitat protegido por una acrópolis»⁴⁷.

Por ello, y porque la visión que proporcionaron estos periégetas era exclusivamente litoral, podemos atribuir a estas *poleis* de *Tarteso* una localización en la ensenada bética o, con menor probabilidad, en el golfo de Cádiz⁴⁸. Y

39 Plantear en esta nota el problema de la localización geográfica de *Tarteso* entre griegos y latinos sería poco menos que ingenuo, porque la bibliografía es abundante y divergente; no obstante recomendamos la lectura de los siguientes autores: G. WAGNER, C. (1986): 201-228; DE HOZ, J. (1989): 25-43; PLÁCIDO SUÁREZ, D. (1993): 81-90; ALVAR EZQUERRA, J. (2000): 37-67; ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2005): *passim*; ID. (2007): 477-492; DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (2008): 227-315.

40 *FGrHist* 38; *THA* IIA 23h.

41 *FGrHist* 45 Nenci; *THA* IIA 23i. Por homofonía, algunos autores la han identificado con *Ilipa*, la actual Alcalá del Río.

42 *THA* II A 23, p. 152.

43 ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. y FERRER ALBELDA, E. (e. p.); FERRER ALBELDA, E. y ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (e. p.).

44 FERRER ALBELDA, E. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2007a): 663-664.

45 DE HOZ, J. (1989): 25-43.

46 MURRAY, O. (2000): 238. *Vid.* FERRER ALBELDA, E. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2007a): 659.

47 SAKELLARIOU, M. (1989): 375-379.

48 La identificación de *Elibirga* con *Iliturgi*, la actual Granada, se debe a una lejana homofonía pero contradice la segura ubicación atlántica de Tarteso: *vide THA* II A 23, p. 152, nota 304.

aunque las referencias literarias no hayan recogido –o no se hayan conservado– más datos sobre la emergencia de *poleis* en este ámbito geográfico⁴⁹, es posible argumentar en favor de esta hipótesis a través del análisis del registro arqueológico. Esta documentación es paradójicamente cuantiosa, aunque escasamente sistematizada y deficientemente publicada. Un ejemplo: toda la orilla oriental de la ensenada bética ha sido prospectada de forma sistemática, desde el término municipal de Dos Hermanas (Sevilla) hasta el de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), e incluso disponemos de algunas excavaciones arqueológicas; sin embargo gran parte de estos datos permanecen inéditos o se limitan a sucintos informes⁵⁰.

Realizaremos seguidamente un recorrido por las orillas del *lacus Ligustinus*, exponiendo el estado de los conocimientos y algunas hipótesis de trabajo.

1) La ribera occidental de la ensenada es quizás la que tiene un mayor nivel de desconocimiento por la escasez de actividades arqueológicas en estas comarcas. Ecosistemas poco adecuados para el asentamiento humano, pero sobre todo, la ausencia de actividades de prospección superficial sistemática⁵¹, proporcionan una imagen quizás distorsionada de un gran vacío poblacional que aumenta a medida que la cronología se acerca a la época romana y disminuye

conforme prospectamos tierra adentro⁵². Si del Bronce Final y del período orientalizante disponemos de evidencias poblacionales como las de San Bartolomé de Almonte⁵³, Peñalosa⁵⁴, y aún más al interior, Tejada la Vieja⁵⁵ y Tejada la Nueva, en los siglos posteriores la nómina se reduce drásticamente a estos dos últimos yacimientos, el primero de los cuales cesa en su habitación durante el siglo IV o en el III a. C., mientras que Tejada la Nueva, antigua *Ituci*, continúa su habitación hasta época moderna⁵⁶.

Los dos primeros sitios son poblados de cabañas con una cronología antigua (fines del siglo IX-comienzos del VIII a. C. en datación relativa) y de vida corta, relacionados con las explotaciones mineras de Aznalcóllar y la transformación metalúrgica. Las dataciones arcaicas recientes de la presencia fenicia en el área tartésica, concretamente en *Onuba* y en *Gadir*, permiten explicar la funcionalidad de estos poblados como puntos intermedios de transformación del mineral entre el área de extracción y los puertos fenicios. Su corta vida ha sido justificada por la fundación a fines del siglo VIII a. C. de Tejada la Vieja, que debió absorber mediante un proceso de sincismo a todos los poblados diseminados en el entorno.

Esta iniciativa debió provenir sin duda de una decisión que difícilmente pudieron tomar unas comunidades aldeanas poco articuladas, sin experiencia en la construcción planificada

49 Otro testimonio de una *polis* en la Tartésida es el referente a *Gadira*, nombre con el que Pseudo-Escilax nombra a dos islas, en una de las cuales se sitúa la ciudad (*Per.* 1 y 111; *THA* IIB 61a y d). Otras *poleis* situadas en las inmediaciones de las Columnas de Heracles, aunque no necesariamente en el área atlántica, son la *Calate* de Hecateo (*FGrHist* 39 Jacoby; *THA* IIA 23a) -la Calatusa de Éforo (*FGrHist* 70; *THA* IIB 63i)-, y *Jera* (*FGrHist* 115; *THA* IIB 64a), ciudad referida por Teopompo a mediados del siglo IV a. C.: FERRER ALBELDA, E. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2007a): 655.

50 Uno de los primeros trabajos que llamaron la atención del interés del ámbito marismeño para el estudio del doblamiento prerromano en TEJERA GASPAS, A. (1977): 207-215.

51 A principios de los 90 se acometió la catalogación del patrimonio arqueológico del Parque Nacional de Doñana y su entorno, aunque los términos prospectados se limitaron a Puebla del Río, Pilas y Villamanrique de la Condesa, todos en la provincia de Sevilla: SALAS, J. y MESA, M. (1997a): 786.

52 Una imagen sumamente descriptiva es la de GÓMEZ TOSCANO, F. (1997): 228, Fig. 34.

53 RUIZ MATA, D. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (1986): *passim*.

54 GARCÍA SANZ, C. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (2000): 5-87.

55 FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987): *passim*.

56 JIMÉNEZ, A. (1977): 223-238; BLANCO, A. y ROTHENBERG, B. (1981); VIDAL TERUEL, N. (2004): 218.

de un asentamiento, ni de defensas de tal envergadura y determinadas características constructivas⁵⁷. Si la fundación de la ciudad, de unas 6,5 ha –unas dimensiones intramuros similares a la de ciudades coloniales fenicias coetáneas–, se debió al interés por centralizar y proteger la producción metalúrgica, tal iniciativa debió estar al menos pactada con las comunidades fenicias que ya llevaban asentadas algunos decenios en *Onuba*, *Gadir* o en la desembocadura del río *Tarteso* (*Caura*, El Carambolo⁵⁸).

Otras experiencias, como la del Castillo de Doña Blanca⁵⁹, *Malaka*⁶⁰, o La Fonteta⁶¹, avallan la puesta en marcha de estrategias en las que la población local deshabitó sus poblados y se integró en los asentamientos fenicios, en unas condiciones difíciles de evaluar pero que *a priori* no deben ser consideradas exclusivamente como resultado de relaciones pacíficas. Los fenómenos de convivencia como consecuencia de matrimonios mixtos y de pactos entre las comunidades locales y los grupos foráneos, dieron lugar a múltiples y complejas manifestaciones de hibridación étnica y cultural⁶², pero sin duda coexistieron con otras estrategias coercitivas en las que la población local fue diezmada o esclavizada⁶³, o bien ésta opuso una tenaz resistencia a la implantación, y suscitó, entre otras reacciones, el amurallamiento de las nuevas fundaciones, como Castillo de Doña Blanca y Tejada la Vieja.

En síntesis, en el estado actual de nuestros conocimientos no se pueden definir unas pautas claras en los patrones de asentamiento y de aprovechamiento de recursos por falta de datos, aún cuando pesa la imagen de un extenso terri-

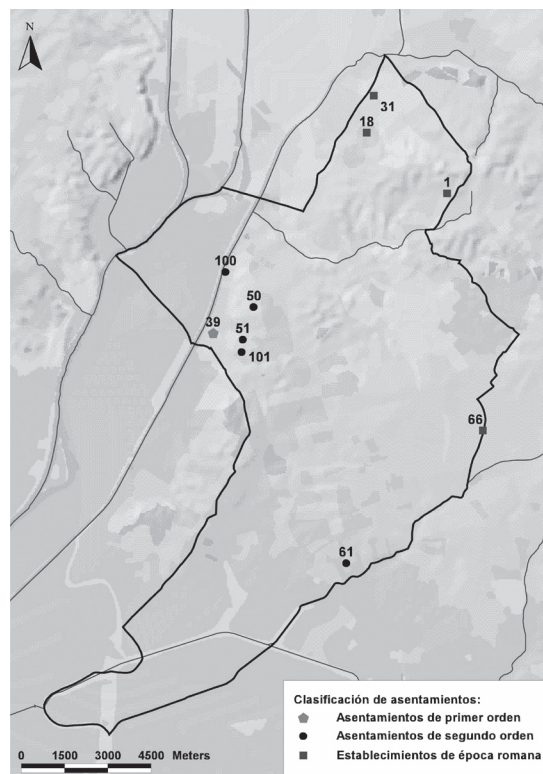


Fig. 3. Término Municipal de Dos Hermanas. Muestra de poblamiento de época protohistórica y romano republicana según García Fernández (2006)

torio que enlaza con la Tierra Llana onubense en gran parte deshabitado por las escasas condiciones agrológicas del suelo. Algo más al interior, el territorio estaría articulado desde fines del siglo VIII a. C. por un asentamiento urbano, Tejada la Vieja, que con *Onuba* e *Ilipla*, también protagonistas de precoces procesos de urbanización, conformaban una red de drenaje de recursos mineros de sus respectivas áreas de captación. En el caso de Tejada la Vieja, parece claro que el

57 FERNÁNDEZ JURADO, J. y GARCÍA SANZ, C. (2001): 165-166; ESCACENA CARRASCO, J. L. (2002b): 69-106; ESCACENA, J. L. y FERNÁNDEZ, G. (2002): 111-112.

58 FERNÁNDEZ A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007a).

59 RUIZ MATA, D. (1993): 55.

60 FERNÁNDEZ, L. E., SUÁREZ, J. y MAYORGA, A. (1997): 246.

61 VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, J. (2005): 183 ss.

62 ID. (2005): *passim*.

63 MORENO ARRASTIO, F. (1999): 149-177; ID. (2000): 153-174.

mineral provenía de las minas de Aznalcóllar, y que estaba destinado a una nueva manipulación en el Castillo de Doña Blanca después de un primer procesamiento⁶⁴.

Por los datos publicados, no queda claro si el abandono de Tejada la Vieja se produjo a fines del siglo IV o como consecuencia de la llegada de Amílcar Barca⁶⁵, pero parece fuera de toda duda que Tejada la Nueva, a tan solo 5 km al sur del yacimiento homónimo, estaba ya habitada con anterioridad, si bien se desconoce su entidad⁶⁶. Tampoco hay dudas de su identificación con la *Ituci* de la literatura grecolatina y con la ceca púnica (*ʿyptgr*) y latina que emite con este mismo nombre⁶⁷. De esta ciudad se ha destacado su vocación agrícola y ganadera, como dejarían ver sus tipos monetales y las condiciones agrológicas de su entorno, así como un aprovechamiento, ciertamente en regresión con respecto a momentos más antiguos, de los recursos mineros, sobre todo plata y hierro⁶⁸.

Sin embargo ha pasado casi desapercibido el problema que, desde el punto de vista étnico, supone la existencia de una ciudad que en el siglo II a. C. emite monedas con leyendas en alfabeto púnico normalizado. La explicación que hemos propuesto para este fenómeno advierte sobre los sustratos fenicios y los adstratos púnicos que inciden en la conformación, en esta comunidad, de una identidad de marcado carácter semita⁶⁹. Los principales rasgos que la definirían serían el carácter urbano, es decir su identidad

cívica, con magistraturas ciudadanas capaces de poner en funcionamiento una ceca, elegir los tipos monetales que la definen, la metrología y el alfabeto, lo que indica no sólo un interés por autodefinirse como ciudadanos de *ʿyptgr* sino también como púnico-parlantes y como miembros de una comunidad más amplia integrada por las principales ciudades fenicias de la Tartésida y del «Círculo del Estrecho».

2) Un segundo ámbito geográfico claramente diferenciado es el definido por el río Guadiamar, hoy tributario del Guadalquivir, aunque en la Antigüedad desaguaba directamente en la ensenada bética⁷⁰. Se ha identificado sin discusión con el río *Maenuba* mencionado por Plinio (*nat.* 3.11-12), una arteria navegable como refiere este mismo autor, organizadora del poblamiento prerromano y romano, que conocería prematuros fenómenos de urbanización semejantes a los que se estaban desarrollando en la Tierra Llana y los ámbitos litorales cercanos. En época romana el territorio se articuló, de sur a norte, mediante tres *oppida* con nombres claramente prerromanos: *Olontigi* (probablemente Aznalcázar, Sevilla), *Laelia* (Cerro de la Cabeza, Olivares, Sevilla) y *Lastigi*, no localizada, o identificada dudosamente con Aznalcóllar (Sevilla)⁷¹. De las tres, sólo se han llevado a cabo excavaciones arqueológicas en el Cerro de la Cabeza⁷², centradas en la ciudad romana, pero hay evidencias superficiales de habitación atribuibles, al menos, al período orientalizante⁷³.

64 HUNT ORTIZ, M. (1995): 455.

65 VIDAL TERUEL, N. (2004): 218.

66 CAMPOS, J. y VIDAL, N. (1999): 234.

67 VIDAL TERUEL, N. (1997): *passim*; EAD. (2004): *passim*.

68 EAD. (1997): 45.

69 FERRER ALBELDA, E. (2004): *passim*.

70 En la parte de la marisma correspondiente al término municipal de Puebla del Río sólo se ha registrado sintomáticamente un yacimiento del período orientalizante («Puebla del Río III»), documentado por PONSICH, M. (1991): 138-141. De época turdetana M. Ponsich documentó dos, «Estacada de Alfaro» y «Al Galope», de los cuales ya no quedaban evidencias superficiales cuando se prospectó a principios de los 90: SALAS, J. y MESA, M. (1997b): 792. En el término de Pilas, algo más al interior, no se ha hallado ningún yacimiento prerromano: SALAS, J. y MESA, M. (1997c): 800; y en el Villamanrique de la Condesa, sólo Chillar I: SALAS, J. y MESA, M. (1997d): 808.

71 SÁEZ, P. *et al.* (2003): 506-507.

72 CABALLOS, A. ESCACENA, J. L. y CHAVES, F. (2005): *passim*.

73 CABALLOS, A. (2005): 25.

Una ambigua referencia de Estrabón (III 2.5), en la que se destaca la importancia de los ríos y de los esteros de Turdetania como vías de comunicación, y, por esta misma razón, como espacios idóneos para la ubicación de ciudades⁷⁴, ha propiciado que algunos autores especulen sobre la posibilidad de localizar una cuarta ciudad llamada *Menoba* en la desembocadura del río homónimo, ya que todas las ciudades enumeradas por el de Amasia se localizarían en el litoral atlántico y en la ensenada bética. Siguiendo esta elucubración, esta ciudad «fantasma» se ha querido localizar en Chíllar (Villamanrique de la Condesa, Sevilla)⁷⁵. Sin embargo, la cronología de este yacimiento, limitada a los siglos VII-VI a. C.⁷⁶, y la ubicación –unánime en el resto de los autores antiguos– de este topónimo en la costa mediterránea, concretamente en la desembocadura del río Vélez (Torre del Mar, Málaga), invita, por un lado, a desestimar su localización en Chíllar, y por otro a interpretar la referencia estraboniana literalmente, pues *Menoba* es una ciudad *aetuaria* y se incluye en los límites administrativos de la *Baetica*.

Empero, nos interesa destacar que son el río y las explotaciones mineras de la cabecera de la cuenca los principales factores articuladores del territorio, aunque la feracidad de la campiña cir-

cundante también debió constituir un factor coadyuvante⁷⁷. La gran cantidad de escorias halladas en superficie y el muelle fluvial del Cerro de la Cabeza abonan esta idea. Asimismo, la escoria «de sílice libre» hallada en superficie en el Cerro del Castillo de Aznalcóllar, relacionada con la fundición de la plata y con el litargirio hallado en el Castillo de Doña Blanca⁷⁸, así como la construcción de dos recintos amurallados, el del Cerro del Castillo y el de Los Castrejones, ambos de discutida cronología (Bronce Final/ período orientalizante)⁷⁹, dan cuenta de la precocidad y del esfuerzo invertido en la protección de este distrito minero, así como de la estrecha vinculación entre explotación de las minas y metalurgia de la plata fenicia. La continuidad de este último hábitat –y probablemente de su función– en época postorientalizante está asegurada por el hallazgo de ánforas tipo Pellicer B-C⁸⁰ y D⁸¹ en su superficie.

Por último, de *Olontigi* sólo se conoce con seguridad su localización a orillas del río *Menoba*, al sur de *Laelia*, probablemente cerca de su desembocadura⁸², y también la actividad de su ceca⁸³. Su identificación con la actual Aznalcázar es verosímil⁸⁴. Llama poderosamente la atención, como en el caso de *Ituci*, que el alfabeto utilizado en las acuñaciones de la ceca sea el pú-

74 «Así, los habitantes del país, como han observado la naturaleza de estas regiones y que los esteros podían presentar los mismos servicios que los ríos, fundaron ciudades poderosas en sus orillas y otros establecimientos, al igual que junto a los ríos: entre éstas figuran *Asta*, *Nabrissa*, *Onoba*, *Osonoba*, *Menoba* y muchas otras», trad. GÓMEZ ESPELOSÍN, J. (1997): 174.

75 SÁEZ, P. *et al.* (2003): 507; CABALLOS, A. (2005): 48. Otra posibilidad es la expuesta por B. Kramer, que identifica hipotéticamente el nombre incompleto de una ciudad denominada Ma-citada en el papiro de Artemidoro con la Mainoba de otros autores, «si bien esta restitución es problemática porque dicha ciudad fue localizada por Estrabón y otros autores antiguos más cerca de la desembocadura del Guadalquivir, mientras el sitio del que hablamos es mencionado después de Onoba. Lamentablemente aquí también se perdió la mención sobre la distancia» (Kramer 2006: nota 19).

76 PELLICER, M. (1983): 833.

77 SÁEZ, P. *et al.* (2003): 507-508.

78 «En cuanto a las relaciones internas de la cultura tartésica, los análisis de isótopos de plomo muestran la relación entre Aznalcóllar y Castillo de Doña Blanca desde el siglo VIII a. C. En este último lugar se tratarían «concentrados» precedentes de Aznalcóllar sin adición de plomo foráneo»: HUNT ORTIZ, M. (1995): 455.

79 HUNT, M. (1999): *passim*; ESCACENA (2002b): 76-77; ESCACENA, J. L. y FERNÁNDEZ, G. (2002): 112-113.

80 PÉREZ MACIAS, J. A. (1995): 446, fig. 6: 1 y 2.

81 HUNT ORTIZ, M. (1995): 461, lám I: 21 y 22.

82 Plinio (*nat* 3.12) la sitúa cerca del río *Memuba* con *Laelia* y *Lastigi*. No obstante, la lectura de P. Mela (*Chor*. 3.5) ofrece la posibilidad de ubicarla en la costa atlántica, aunque es problemática.

83 ALFARO ASINS, C. (1991): 124-125; EAD. (1997): 104-105.

84 SÁEZ, P. *et al.* (2003): 506-507.

nico normalizado⁸⁵, lo que parece indicar la vinculación de la ciudad a un sustrato fenicio muy antiguo, probablemente en relación con el tráfico de metales y la navegabilidad del río *Menoba*, y en época posterior, la integración de *Olontigi* en un circuito económico liderado por *Gadir*⁸⁶.

3) La paleodesembocadura del Guadalquivir es, de los cinco ámbitos distinguidos, el que presenta una mayor complejidad a la hora de definir la función y la jerarquía de los asentamientos, la valoración de los recursos y su explotación, así como la evolución del poblamiento durante el I milenio a. C. Esta dificultad estriba en que, en un espacio de extensión muy limitada pero con multiplicidad de paisajes y recursos, se concentró un gran número de asentamientos que hacen de la antigua desembocadura del *Baetis* un microcosmos de compleja lectura. Pero, a diferencia de otras áreas, las actividades arqueológicas de prospección⁸⁷ y excavación son relativamente abundantes y la nómina de yacimientos sondeados es amplia: Alcalá del Río, Itálica, Cerro de la Cabeza de Santiponce, Cerro Macareno, El Carambolo, San Juan de Aznalfarache, Sevilla, Cerro de San Juan de Coria del Río, Torre de los Herberos, etc⁸⁸.

Esta concentración de asentamientos en las márgenes del río, la mayoría de los cuales fueron municipios y colonias romanas (*Ilipa Magna*, *Italica*, *Hispalis*, *Osset*, *Caura*, *Orippe*), en una extensión no superior a los 30 km lineales, precisa de un análisis más profundo del que pode-

mos realizar en estas páginas, que compagine el factor tiempo con la función asignada hipotéticamente a los mismos. No obstante exponremos las investigaciones más recientes y proponemos algunas hipótesis.

En la actualidad parece fuera de toda duda que la génesis del poblamiento en la paleodesembocadura del Guadalquivir, al menos tal y como estaba conformado en época romana, tuvo su génesis en el período orientalizante, y que, por lo tanto, era una consecuencia directa o indirecta de la colonización fenicia. Estos núcleos urbanos, salvo los casos de *Caura* y *Orippe*, no tuvieron un origen precolonial, o al menos no hay constancia de ello en el estado actual de la investigación⁸⁹. El caso de El Carambolo es paradigmático: considerado durante décadas como un ejemplo prototípico de poblado de cabañas tartésico precolonial, en la excavación en extensión del yacimiento se ha documentado en efecto un estrato, sin apenas potencia, con cerámicas características del Bronce Final, datado por C¹⁴ en 1400-1100 AC⁹⁰. No obstante, la fosa excavada por J. de M. Carriazo no se correspondía con este horizonte, sino con una fase avanzada de la vida de un gran santuario fenicio, construido según las dataciones radiocarbónicas hacia 2770 BP 50 (cal. 1020-810 AC, con 95,4% de posibilidades)⁹¹, por lo que la construcción del santuario se llevó a cabo sobre una superficie deshabitada.

El resto de los asentamientos excavados son posteriores en el tiempo excepto *Caura* y *Orippe*,

85 Es evidente que lengua y escritura púnicas seguían siendo instrumentos de comunicación aún prestigiosos.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (1995). También FERRER ALBELDA, E. (2004): 281-298.

86 CHAVES TRISTÁN, F. y GARCÍA VARGAS, E. (1991): *passim*; ID. (1994): *passim*.

87 No obstante, en los estudios territoriales la investigaciones se han centrado en el poblamiento romano: ESCACENA, J. L. y PADILLA, A. (1992): *passim*; SALAS ÁLVAREZ, J. y MESA ROMERO, M. (1994): 145-157.

88 Una visión general en ESCACENA CARRASCO, J. L. (2007): 13-28.

89 La revisión de las estratigrafías del Bajo Guadalquivir: BELÉN DEAMOS, M.^a y ESCACENA CARRASCO, J. L. (1992): 65-87; ESCACENA CARRASCO, J. L. (1995b): 179-214.; ID. (2000b): 51-58; ESCACENA, J. L., BELÉN, M.^a y BOZZINO, M.^aI. (199): *passim*.

90 La cronología absoluta es de 3026 ± 29, que calibrada ofrece un 90% de posibilidades entre 1401 a. C. y 1190 a. C., quedando las restantes por debajo de esta cronología hasta 1131 a. C. como datación más reciente: FERNÁNDEZ FLORES, A. (2005): 70.

91 FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007a): 103.

pues en las excavaciones del Cerro de San Juan se han hallado cerámicas neolíticas y evidencias de un asentamiento estable ininterrumpido desde el Calcolítico hasta la actualidad⁹². El Cerro de San Juan es un caso similar al de El Carambolo, tanto en cuanto en la cima del promontorio fue construido un santuario fenicio atribuido al culto de *Baal Saphon*; pero el modelo de ocupación entre uno y otro se diferencia en que el primero se integró en un poblado indígena en una fecha posterior, quizás en la primera mitad del siglo VIII a. C.⁹³. Asimismo, como en El Carambolo, el santuario tuvo una larga vida, hasta el siglo VI a. C., y cinco fases constructivas⁹⁴.

La *Osset* romana tenía su solar en el actual municipio de San Juan de Aznalfarache. Aunque se han llevado recientemente excavaciones que han documentado sobre todo la fase romana y medieval, poco hay publicado y no se tiene constancia de un hábitat anterior al período turdetano⁹⁵.

La datación de la fundación de *Spal* o *Ispal*, presumiblemente coetánea a El Carambolo, no es bien conocida. La única excavación que podría apoyar un origen precolonial del asentamiento, además de la Cuesta del Rosario, es la problemática estratigrafía de San Isidoro⁹⁶; pero esta circunstancia no ha sido óbice para adaptar a Sevilla el esquema secuencial canónico que comprendería un período precolonial, seguido de la fase orientalizante y del subsiguiente período

turdetano, de manera que la primera población de Sevilla se dataría en la segunda mitad del siglo VIII a. C., como suburbio portuario y comercial del núcleo tartésico de El Carambolo⁹⁷.

Frente a este parecer, ya Collantes de Terán⁹⁸ propuso el carácter empórico del asentamiento y su origen fenicio, teniendo como bases el estudio paleotopográfico del subsuelo de Sevilla y el origen semita del topónimo respectivamente. En efecto, tres estudios sobre el topónimo revelan que, en su totalidad o en parte, tiene una clara raíz fenicia⁹⁹, lo que lo convierte en uno de los pocos topónimos fenicios de Iberia, al igual que *Gadir*, *Kart-badast* (Cartagena), y quizás *Carteia*. Como señala J. Sanmartí, «parece que los topónimos nuevos se implantan sólo en los casos del comienzo absoluto de la vida política de un asentamiento»¹⁰⁰.

Lo cierto es que es poco lo que se conoce de la *Spal* de los siglos VIII-V a. C. No obstante, la reciente revisión de excavaciones y nuevas secuencias estratigráficas¹⁰¹ están revelando que en los siglos IV al II a. C. desempeñó un papel empórico, de centro redistribuidor de productos procedentes de *Gadir* y del área del Estrecho, fundamentalmente salazones y aceite envasado en las ánforas T-8.1.1.2 y T-8.2.1.1, originarios de la campiña gaditana y de la Bahía de Cádiz respectivamente, así como de productos ignotos contenidos en las ánforas Pellicer B-C y D, seguramente procedentes del entorno inmediato.

92 ESCACENA CARRASCO, J. L. (2001): 79; ESCACENA CARRASCO, J. L. e IZQUIERDO DE MONTES, R. (2001): 126; ESCACENA CARRASCO, J. L. (2004): 17-32.

93 ESCACENA, J. L. e IZQUIERDO, R. (2001): 128.
94 *Ibid.*: 128-129.

95 ESCACENA CARRASCO, J. L. (1986): 539-547; ID. (2007): 23.

96 CAMPOS, J. A., VERA, M. y MORENO, M. T. (1988): *passim*.

97 PELLICER CATALÁN, M. (1996): 92.

98 COLLANTES DE TERÁN, F. (1977): 44-49.

99 DÍAZ TEJERA, A. (1982: 20); LIPINSKI, E. (1984): 100-101; CORREA, J. A. (2000): 190.

100 SANMARTÍN, J. (1994): 227-247. Curiosamente este autor desestima la posibilidad de un origen fenicio del topónimo *Ispal* por razones «del contexto neocultural o ecológico: un término marítimo como ‘península, isla, costa’ no debería aparecer en un topónimo continental», «lo que invalidaría de nuevo la supuesta etimología punicoide de la sevillana *Hispalis*» (p. 230, en nota 9).

101 GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y GONZÁLEZ ACUÑA, D. (2007): 525-566; JIMÉNEZ, A. *et al.* (2006): *passim*; FERRER, E. *et al.* (c. p.).

El predominio de envases anfóricos sobre otras producciones en todos los contextos revisados de los siglos IV al II a. C. es ya un dato significativo que parece evidenciar la proliferación de edificios, instalaciones artesanales¹⁰² y basureros relacionados con el almacenamiento y la amortización de los recipientes comercializados.

Un papel similar debió desarrollar Cerro Macareno, aguas arriba de *Spal*, al que puede sumarse el de centro alfarero¹⁰³, al menos entre la segunda mitad del siglo V y la primera del IV a. C.¹⁰⁴. La cronología fundacional del asentamiento es también colonial, atribuida a mediados del siglo VIII a. C.¹⁰⁵, y desde los primeros estratos los contenedores anfóricos¹⁰⁶ son los recipientes cerámicos más abundantes, y proporcionan una idea aproximada de los lugares de procedencia de las mercancías que arribaban a sus instalaciones portuarias: además de las ánforas salsarias procedentes del área del Estrecho, las más abundantes y con un suministro continuo desde fines del siglo VI a. C. hasta el final de la vida del asentamiento, y de las olearias de la campiña gaditana, están representadas las ánforas griegas y grecoitalicas, y lógicamente son especialmente abundantes los contenedores «turdetanos» (Pellicer B-C y D).

Cerro Macareno se puede comparar tipológica y funcionalmente con *Spal*: es un asentamiento ubicado en llano, a orillas del río, con instalaciones portuarias e industriales, y por ello directamente vinculado con el tráfico comercial y con la alfarería. La diferencia entre ambos estriba en que ante una hipotética competencia, y por causas que desconocemos, quizás relacionada con la dinámica fluvial, *Spal* fue incrementando su valor como puerto en época romana,

hasta convertirse en colonia y en la capital del *conuentus hispalense*, mientras que Cerro Macareno se fue eclipsando como asentamiento, hasta desaparecer hacia 100 a. C.

Como hemos visto, el poblamiento en la orilla izquierda del río ha estado muy condicionado –tanto en número de asentamientos como su función– por la geomorfología del suelo y por la intensa incidencia del río y de las mareas en el entorno. Los núcleos de habitación son, consecuentemente, menores en número, y por sus condiciones portuarias naturales, surgieron en función de la navegación y del tráfico comercial. La alfarería es también una actividad preferente en ellos por la abundancia de depósitos de arcillas aluviales. En contraste, el poblamiento en la orilla derecha tiene una articulación diferente, pues los emplazamientos elegidos son los cerros que coronan la cornisa del Aljarafe, en altura, con buena visibilidad, aunque no por ello estuvieron de espaldas al río. Salvo *Caura*, en el paleoestuario del río, el resto de los asentamientos que han sido excavados tienen una cronología posterior a las primeras fundaciones fenicias cercanas.

Las excavaciones recientes en Alcalá del Río, antigua *Ilipa*, han documentado algunas áreas de habitación no anteriores a los siglos VIII-VII a. C. y su necrópolis, La Angorrilla, algo posterior en el tiempo, de los siglos VII-VI a. C.¹⁰⁷. La continuidad del asentamiento a partir del siglo V a. C. está garantizada por la estratigrafía de la calle Cilla¹⁰⁸. En época turdetana, y a juzgar por el registro cerámico documentado en esta última excavación, *Ilipa* no se mantuvo al margen del dinamismo impuesto por *Gadir*, y, como Cerro Macareno, recibió en una proporción no despreciable los productos

102 En las excavaciones del Palacio Arzobispal se ha documentado actividad alfarera en los siglos III-II a. C.

103 FERRER ALBELDA, E. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2008): 204.

104 FERNÁNDEZ, F. *et al.* (1979): 9-93.

105 PELLICER, M. *et al.* (1983): 156.

106 PELLICER CATALÁN, M. (1978): *passim*.

107 FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007b): 69-92.

108 FERRER ALBELDA, E. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2007b): 103-130.

elaborados o redistribuidos por la ciudad atlántica, entre ellos cerámica ática de barniz negro (copas «Cástulo», *kylikes*, crátera de campana), ánforas de salazones T-12.1.1.1 y T-8.2.1.1, ánforas olearias T-8.1.1.2 y vajilla «tipo Kuass»¹⁰⁹.

La importancia del asentamiento radicaría, por un lado, en su ubicación, en el tramo fluvial en el que se encajona el cauce, a partir del cual ya no afectan las mareas y no pueden navegar los barcos de mayor calado; y por otro, en la cercanía de las minas de Sierra Morena y en la fertilidad de las tierras circundantes. Su importancia no decreció con el tiempo, sino al contrario¹¹⁰, y de su vitalidad comercial en el siglo II a. C. queda constancia por la inscripción neopúnica en pizarra con apuntes de contabilidad¹¹¹, así como por las emisiones monetales¹¹².

Aguas abajo, hacia el siglo VIII a. C. la población se asentó en una elevación destacada del entorno, como da fe el topónimo, Cerro de la Cabeza, aunque éste no sería el emplazamiento definitivo de la población, pues a principios del siglo IV a. C. se abandonó y, según la hipótesis más aceptada, se trasladaría al vecino (500 m al sur) Cerro de San Antonio, donde siglos después, se fundó *Italica*. No sabemos las causas a las que pudo deberse este fenómeno de asentamiento y reasentamiento de la población, pero la existencia de poblados monofásicos en llano en las inmediaciones, como el de Jardín de Alá¹¹³, permite suponer que la población prefirió –¿ante la incidencia fenicia?– sitios mejor defendidos y con buena visibilidad. Lo cierto es que el

primer asentamiento es un poblado con cabañas de planta circular construidas de barro y ramaje, y hasta fines del siglo VIII a. C., en fechas convencionales, no se construyen edificios de muros rectos, zócalos de piedra y alzado de adobes, pavimentos de guijarros o de arcilla apisonada revocados con cal y pintados en color rojo¹¹⁴.

Tampoco se conocen los motivos del ulterior traslado del hábitat al Cerro de San Antonio. M. Pellicer¹¹⁵ propone como causa el alejamiento del cauce fluvial –la Madre Vieja– del Cerro de la Cabeza, y su proximidad al Cerro de San Antonio, «donde la superficie habitable y edificable presenta mayor extensión para una población más numerosa y mejor protegida de la inundación». Los cortes estratigráficos realizados en diversos sectores de Santiponce (calle Moret, calle Trajano, Pajar de Artillo, etc.) permiten afirmar que «todo él fue prácticamente habitado y construido, con grandes viviendas de planta rectangular, con zócalos de piedra y muros de adobe, de tradición fenicia, formando una urbanística, algo irregular, acomodada a la topografía del terreno»¹¹⁶.

Del asentamiento prerromano nos interesan particularmente dos sectores: el de «Los Palacios», donde se documentó una edificación tripartita identificada por su excavador como capitolio¹¹⁷, aunque por la planta y los materiales se puede comparar con estructuras de almacenamiento. Esta construcción se data entre fines del siglo V y el III a. C.¹¹⁸. Otro sector interesante es el de Pajar de Artillo, dedicado a la alfarería. El horno excavado¹¹⁹ es tipológicamente similar

109 *Ibid.*

110 La valoración del papel de *Ilipa* en época romana en CHIC, G. (2007): 149-170.

111 ZAMORA, J. A. *et al.* (2004): 77-89; ZAMORA LÓPEZ, J. A. (2007): 131-147.

112 CHAVES TRISTÁN, F. (2007): 211-226.

113 Yacimiento recientemente excavado, en el que se han excavado cabañas de planta de tendencia circular, silos y un enterramiento bajo la cabaña, con una cronología alta, aunque con materiales de cronología colonial.

114 DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, C., CABRERA, P. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (1988): 119-186; PELLICER CATALÁN, M. (1998): 160.

115 *Ibid.* (1998): 161.

116 *Ibid.*

117 BENDALA, M. (1975): 861-868; ID. (1983): 31-74.

118 PELLICER CATALÁN, M. (1998): 152.

119 LUZÓN NOGUE, J. M.^a (1973): 17.

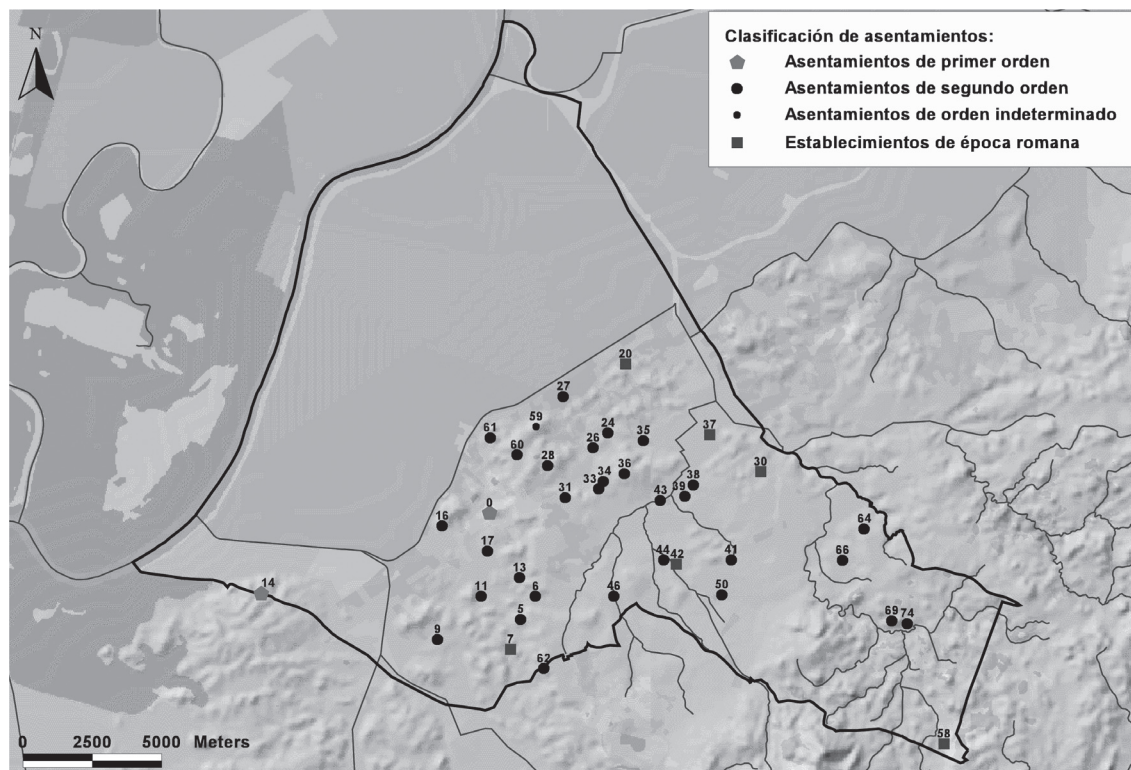


Fig. 4. Término municipal de Lebrija. Muestra de poblamiento de época protohistórica y romano republicana según García Fernández (2006)

a las estructuras fornáceas de *Gadir* (1, 2 y 3 de Torre Alta), que, como ha señalado A. M. Sáez, responde a rasgos tecnológicos cartagineses introducidos a fines del siglo III a. C., «fruto de la presencia bárcida y posiblemente del fluido contacto mercantil y consiguiente trasiego de personas e ideas»¹²⁰.

4) En la ribera oriental del *lacus Ligustinus* hemos distinguido dos áreas utilizando como criterio el tipo de poblamiento. Los términos municipales de Dos Hermanas y Los Palacios y Villafranca, ambos en la provincia de Sevilla, se corresponden aproximadamente con el territorio comprendido entre la paleodesembocadura del *Baetis* y la antigua *Conobaria*. Su habitación

durante el I milenio a. C. se caracteriza por un poblamiento escaso y concentrado en dos o tres núcleos. Razones de índole económica, sobre todo la composición de los suelos, y una extensa llanura desprovista de elevaciones y carente de defensas naturales, propiciaron esta atonía poblacional que contrasta con la densidad del poblamiento en las tierras situadas más al interior y al sur de *Conobaria*.

En la misma desembocadura del río, en su margen izquierda, en el yacimiento de Torre de los Herberos (Dos Hermanas, Sevilla), se ubicó *Orippe*, uno de los *oppida* mencionados por Plinio (*nat* 3.11), entre los más destacados de la Bética. Los datos de las excavaciones arqueológicas y los hallazgos superficiales permiten intuir una

120 SÁEZ ROMERO, A. M. (2008): vol. 1, 204.

habitación del sitio desde el Calcolítico, aunque los sondeos estratigráficos no han profundizado por debajo de las fases constructivas del siglo II a. C., y es probable que su desarrollo urbano no fraguara hasta el siglo IV a. C.¹²¹. Por otro lado, la prospección intensiva del término municipal¹²² no ha documentado un poblamiento estable del territorio hasta los siglos II y I a. C., cronología en la que se inaugura un reducido número de asentamientos de escasa extensión en las terrazas medias y bajas, cercanos a los arroyos y a las tierras fértiles de la vega aluvial¹²³.

Al sur de *Oripipo* las prospecciones de M. Ponsich¹²⁴ y las más recientes¹²⁵ han proporcionado una imagen similar a la del litoral occidental: escasos asentamientos que aumentan en tamaño y número a medida que penetramos hacia el interior (territorios de Utrera, Los Molares o El Coronil). No extraña, por tanto, que la exigua labor investigadora se haya centrado en la especulación sobre la ubicación de la ciudad romana de *Searo*¹²⁶ y el recorrido de la *via Augusta* por el término palaciego. La labilidad del poblamiento prerromano se debió probablemente a una conjunción de factores entre los que hay que contabilizar la existencia de áreas pantanosas y fácilmente inundables, la ausencia de tierras altas, cerros y atalayas naturales para la defensa del territorio, y el predominio de suelos arenosos, poco aptos para la agricultura con tecnología prehistórica.

Esta situación experimenta un cambio en época romana, cuando se dieron las condiciones socio-políticas y tecnológicas precisas para poner en explotación estas tierras, pero sobre todo cuando se sistematiza la *via Augusta*. Hasta ese

momento sólo se han detectado indicios de poblamiento prerromano en dos yacimientos: Maribáñez y Cortijo de Juan Gómez. Los hallazgos superficiales en ambos no prueban una antigüedad anterior al período turdetano, aunque tampoco se puede descartar un origen más antiguo, como es habitual en otros sitios de su entorno geográfico y cultural. Con esta escasa muestra sólo podemos atisbar una articulación del territorio según un modelo mononuclear, es decir, la existencia de un único hábitat que absorbe a la población campesina dedicada a las labores agrícolas en un radio de acción próximo al asentamiento. Este modelo pervivió hasta los siglos I-II d. C., cuando surgen asentamientos rurales tipo *villa* y otros menores¹²⁷.

5) Este modelo de poblamiento contrasta patentemente con el que se dibuja al sur del término palaciego, mucho más poblado, basado en un modelo polinuclear, lo cual se traduce en un mayor número de asentamientos de primer orden u *oppida*, que a la postre se convertirían en ciudades romanas como *Conobaria*, *Nabrissa*, *Asta* o *Eboura*, y también en una mayor diversificación tipológica de los asentamientos.

La causa de este cambio no es debida, sin embargo, a una documentación arqueológica mejor sistematizada, aunque lo cierto es que ésta aumenta cualitativa y cuantitativamente, sino a las óptimas condiciones agrológicas del suelo y también a la capacidad de los esteros como vías de comunicación, pues la mayoría de estas ciudades se situaron a orillas de éstos. Las prospecciones arqueológicas superficiales han abarcado toda la antigua línea litoral, si bien una buena

121 FERNANDEZ GÓMEZ, F., GUERRERO, J. L. y VENTURA, J. J. (1996): 14; GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2005): 896.

122 GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. *et al.* (2002): 334-344.

123 ID. (2005): 896; ID. (2008): *passim*.

124 PONSICH, M. (1979): 150-153.

125 MOURE, R. y FERRER, E. (e. p.).

126 Localizada, no obstante, por la mayoría de los autores en la Torre del Águila, en el término de Utrera: CORZO, R. y TOSCANO, M. (1992); SILLIÈRES, P. (1977); ID. (1990).

127 MOURE, R. y FERRER, E. (e. p.).

parte de la documentación permanece aún inédita¹²⁸, de manera que se puede obtener una visión de conjunto con ciertas garantías de verosimilitud.

Este modelo de poblamiento, al menos en su estructura básica, tiene raíces claramente prehistóricas. La primera habitación de los actuales municipios de Lebrija¹²⁹ y Las Cabezas de San Juan¹³⁰ se puede retrotraer al Neolítico y a la Edad del Cobre respectivamente, y la de los deshabitados de Mesas de Asta y Cerro de las Vacas, al Neolítico¹³¹ y Calcolítico¹³². De *Eboura* sólo disponemos de los datos publicados por Carriazo¹³³, de los cuales se puede deducir una segura población en el período orientalizante, probablemente anterior, y su continuidad hasta época romana¹³⁴. Se trata, por tanto, de un modelo de ocupación del territorio con una prolongada proyección en el tiempo y estrechamente vinculado al aprovechamiento de los recursos marinos y agrícolas, pero, sobre todo, a la navegación por los esteros.

En este mismo entorno, los marineros fenicios fundaron un pequeño santuario, probablemente hacia los siglos VII-VI a. C., en una pe-

queña isla frente a *Eboura* que emergía en plena embocadura de *lacus Ligustinus*, un paraje de paso obligado para aquéllos que navegaban hacia los esteros y aguas arriba en dirección al *Baetis*. La fase de mayor actividad del santuario se puede atribuir a los siglos IV-II a. C.¹³⁵.

En el territorio que circunda a *Nabrissa* el modelo de poblamiento era mononuclear a comienzos del I^{er} milenio a. C., aunque a partir de fines del siglo VI a. C. se fundaron nuevos asentamientos de pequeño y mediano tamaño algo alejados del litoral, sobre cerros y lomas suaves, cercanos a arroyos y lagunas, y, por sus características, orientados hacia la explotación de los recursos agropecuarios. Pudo ser una iniciativa de colonización agraria programada desde el *oppidum*, que tenía como fin «la producción de excedentes agropecuarios destinados en parte al mantenimiento de la estructura socio-económica –artesano, administración, etc.– generada por las elites dirigentes en la incipiente ciudad, así como al desarrollo de los intercambios comerciales»¹³⁶.

Más al sur, en lo que debió de ser el territorio de *Asta*, y a juzgar por los datos proporcionados por las prospecciones superficiales, la articula-

128 Véase los informes en el *Anuario Arqueológico de Andalucía* correspondientes a los términos municipales de Trebujena (BARRIONUEVO, F. [2001]: 21-29; BARRIO NUEVO, F. *et al.* [1999]: 33-36), Jerez de la Frontera (GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. [1991]: 85-88; GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. *et al.* [1993]: 83-92; GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. *et al.* [1995]: 71-77; RAMOS, J. y GONZÁLEZ, R. [1992]: 64-75); y Sanlúcar de Barrameda (LAVADO, M.^a L. [1990]: 126-133). La documentación del término de Lebrija puede consultarse en GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2003): 651-7856, y una síntesis en GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2005): 897-898. Las prospecciones del término municipal de Las Cabezas de San Juan no han sido aún publicadas.

129 Las excavaciones en Huerto Pimentel proporcionaron una secuencia del Bronce Medio y Final (TEJERA GASPAS, A. [1979]: 203-210; ID. [1985]: 87-116). En 1986 se realizó un sondeo estratigráfico en el Cerro del Castillo que documentó una secuencia interrumpida desde el Bronce Final hasta época moderna, aunque con estratos del Neolítico y del Bronce Medio: CARO, A. *et al.* (1987): 168-174; CARO, A. *et al.* (1999): 186-199. Sobre la *Nabrissa* romana: TOMASSETTI, J. M. (1997): 243-262.

130 Las primeras evidencias son del período Calcolítico (ESCACENA, J. L. y GARCÍA RIVERO, D. [2007]: 57-61), pero la primera evidencia de hábitat continuado es la de la necrópolis de Rabadanes, datada a fines del siglo IX o principios del VIII a. C. (ESCACENA, J. L. y PELLICER, M. [2007]: 93-118). La excavación en Cerro Mariana ha documentado un sector del poblado datado a fines del siglo VIII o comienzos del VII a. C. (BELTRÁN, J. *et al.* [2007]: 73-92).

131 GONZÁLEZ, R. *et al.* (1995): 217.

132 CARO, A. (1985): 9-18 la identifica con la ciudad romana de *Conobaria*; la bibliografía completa puede ser consultada en GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2003): 688-689.

133 CARRIAZO, J. de (1970): *passim*.

134 ESCACENA CARRASCO, J. L. (1993): 198-199.

135 FERRER ALBELDA, E. (2002): 198-202.

136 GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2005): 898.

ción del territorio ya estaba consolidada en el siglo VIII a. C., a la cabeza del cual emergía el hoy despoblado de Mesas de Asta. Están registrados otros veinte asentamientos datados en esta centuria, de los cuales Cuervo Grande 2, Compañía 2/2A/3, Compañía 1, Painobo y Cestelo Alto parecen ser los de mayor extensión, y los que reciben habitualmente productos fenicios, como cerámicas de calidad y alimentos contenidos en ánforas¹³⁷. Durante el siglo VII a. C. hay un incremento considerable del tamaño de los sitios considerados nucleares y del número de los asentamientos, pues casi se dobla el total. Si este último tipo de asentamiento se asocia a la residencia de las elites y se caracteriza por los cambios introducidos en los modelos urbanísticos y arquitectónicos inspirados en los cercanos centros fenicios, la mayoría de los nuevos sitios serían pequeños centros dedicados a la producción agropecuaria, como se ha documentado en otras áreas del Bajo Guadalquivir¹³⁸. Estos asentamientos rurales, si tomamos como ejemplo El Trobal, siguen modelos arquitectónicos tradicionales, con cabañas de planta circular o elíptica¹³⁹.

A partir del siglo VI a. C., el número de poblados se reduce prácticamente a la mitad (19), mientras que hay otros (3) de nueva fundación. Se atribuye este fenómeno a la concentración de la población en los grandes núcleos, como *Asta*¹⁴⁰. No obstante, a partir del siglo IV, pero sobre todo en el III a. C., el poblamiento rural toma un nuevo auge y surge un tipo de asentamiento, denominado equívocamente villa, dedicado a la explotación agrícola intensiva, espe-

cialmente a la producción de aceite, cuyo modelo arquitectónico, y probablemente de explotación, es con seguridad centro-mediterráneo¹⁴¹. Cerro Naranja¹⁴² responde plenamente a este prototipo.

La imagen que ofrece la margen izquierda de la ensenada bética entre los siglos VI y II a. C. es el de un extenso territorio dividido en cinco o seis *oppida*, rítmica y suficientemente distanciados unos de otros¹⁴³, que podríamos considerar cabezas de embrionarias *poleis* o ciudades-estado: *Orippe*, ¿Maribáñez o Cortijo de Juan Gómez?, *Conobaria*, *Nabrissa*, *Asta* y *Eboura*. Todos sin excepción están situados a orillas de un estero o en la desembocadura del *Baetis*, y sus respectivos territorios se articularon, entre otros factores, según las condiciones del suelo y la orografía, predominando el modelo mononuclear en los territorios septentrionales (*Orippe*, Maribáñez-Cortijo Juan Gómez) y el polinuclear en los meridionales, de los cuales el territorio teórico de *Asta* constituye un ejemplo característico del contraste entre medio rural y urbano.

A *Asta* se le pueden atribuir funciones plenamente urbanas y estatales, como a otros centros de su entorno (Castillo de Doña Blanca, *Gadir*), si tenemos en cuenta la extensión de su hábitat, la existencia de una extensa necrópolis segregada del casco urbano¹⁴⁴, y sobre todo, y aunque se trate de un documento de principios del siglo II a. C., del control y sometimiento de un amplio territorio como se deduce del decreto de Paulo Emilio¹⁴⁵.

137 GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. *et al.* (1995): 219; GONZÁLEZ, R. y RUIZ MATA, D. (1999): 88.

138 FERRER, E. y BANDERA, M.ª L. DE LA (2005): 565-574; FERRER, E. *et al.* (2007): 195-224.

139 RUIZ MATA, D. y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1994): 220-221; GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. y RUIZ MATA, D. (1999): 91-93.

140 GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. y RUIZ MATA, D. (1999): 97.

141 CARRETERO POBRETE, P. A. (2007): 197.

142 GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1987a): 90-96; EAD. (1987b): 27-44.

143 La distancia entre unos y otros, en línea recta es aproximadamente de unos 22 km, excepto entre Mesas de Asta y *Eboura*, que es menor, de unos 11 km.

144 GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R., BARRIONUEVO, F. y AGUILAR, L. (1995): 217-220.

145 La bibliografía es amplia. Nos hemos ocupado recientemente del problema en FERRER ALBELDA, E. (2006): 276-277.

III

Hecho este repaso sucinto a la documentación literaria y arqueológica del territorio alejado a la ensenada bética en época prerromana, creemos oportuno proponer algunas hipótesis relativas a la ocupación y explotación de este territorio.

La primera de ellas es más una evidencia que por muchas veces repetida no podemos dejar de reiterar: las condiciones geomorfológicas y agrológicas del suelo son determinantes en las sociedades prehistóricas y antiguas –e incluso preindustriales– para la ocupación y explotación del territorio. Lo que parece un lugar común tiene una especial significación en el entorno geográfico que analizamos. Hay áreas en la que el poblamiento es difuso, prácticamente inexistente, en algunos casos hasta época moderna (litoral occidental, marisma de Dos Hermanas y Los Palacios), mientras que en otras la fijación en el territorio se remonta al Neolítico (esteros). Por tanto, no se puede hablar de un modelo único de poblamiento sino de diversos, dependientes tanto de la capacidad agrícola del suelo y de la orografía del terreno, como de una serie de factores específicos como la existencia de facilidades de comunicación (ríos, esteros), de minas o de otros recursos puntuales, o la dinámica fluvial.

Río y minas, además de la fertilidad de los suelos, fueron los factores que contribuyeron a la precocidad del fenómeno urbano a orillas del río *Menoba*, y que adoptara un modelo lineal acomodado al curso fluvial. Esteros y recursos agropecuarios condicionaron el desarrollo de una red de asentamientos de primer orden, prontamente urbanizados, y de los fenómenos de «ruralización» del territorio mediante la implantación de pequeños asentamientos ligados a la explotación directa de los recursos. Río, agricultura y, en menor medida, minería favorecieron la concentración de asentamientos en la desembocadura del *Baetis* y la diversificación

funcional de los mismos, de los que podemos distinguir al menos dos tipos: los poblados propiamente dichos, ubicados en la margen derecha, en cerros, a salvo de las periódicas inundaciones y con mayores cualidades defensivas; y los emporios, situados en la llanura aluvial de la margen izquierda, habitados por una población menos estable, cuyas huellas arqueológicas son, preferentemente, almacenes, basureros y alfares. Estos asentamientos de tipo artesanal y comercial tenían como función la centralización de productos, fundamentalmente agropecuarios, y su redistribución, sirviendo de intermediarios entre las ciudades fenicias y las poblaciones ubicadas río arriba o en las pobladas comarcas de la campiña (Los Alcores, vega del Corbones, etc.).

Sin embargo el curso del río como factor único no contribuyó, o lo hizo tímidamente, a la implantación urbana y a la proliferación de asentamientos de menor rango en extensas áreas poco aptas para la agricultura con tecnologías rudimentarias, con suelos arenosos o con grava. En la margen derecha de la ensenada tartésica no se documenta ninguna ciudad en época romana, ni en momentos anteriores; los únicos ejemplos (*Tejada la Vieja* e *Ituci*) están a decenas de kilómetros tierra adentro y en áreas fértiles, o bien en la desembocadura del río *Menoba*, donde cambia notablemente el paisaje.

El análisis diacrónico de los procesos de ocupación de estos territorios también establece divergencias entre unas áreas y otras: en la margen suroriental del *lacus Ligustinus* el asentamiento de la población y la antropización de los paisajes se remonta a las primeras sociedades productoras, y la estructura básica del poblamiento se perpetúa en el tiempo, al menos en sus ocupaciones humanas principales. La contracción o el desarrollo del poblamiento «rural», entendiéndose por éste la proliferación de pequeñas aldeas o «factorías» satélites de los *oppida*, fueron cíclicas y se debieron en todo caso a causas políticas y económicas concretas que deben ser analizadas caso por caso.

Sin embargo, en otras áreas el comienzo de la vida urbana no tiene precedentes tan claros y surgen en sincronía, o como consecuencia de la colonización fenicia. La presencia directa en este ámbito, concretamente en el estuario del *Baetis*, fue muy precoz, de fines del siglo IX a. C., de forma coetánea a la aparición de las primeras colonias y factorías en el litoral meridional de Iberia. El hecho de que esta fundación tan antigua sea un santuario de Astarté (El Carambolo) da idea de cuáles fueron los mecanismos de intervención e interacción con las poblaciones locales. Parece claro que la presencia fenicia actuó como catalizador de no pocos fenómenos de sincismo, pues se inauguraron a partir de ese momento asentamientos de hábitat concentrado en los que se incorporaron en poco tiempo las características básicas (materiales, técnicas, diseños, etc.) del urbanismo importado de Oriente.

Están constatadas, por tanto, tres de las estrategias seguidas por los fenicios en la colonización del Mediterráneo¹⁴⁶ en este reducido pero estratégico espacio: la fundación de un santuario en «tierra de nadie» (El Carambolo), la creación de un lugar específico para llevar a cabo relaciones comerciales de carácter más

continuado, con almacenes, alfares y residencias de los comerciantes (Cerro Macareno, quizás *Spal*), y, en tercer lugar, la integración de una comunidad fenicia en un poblado indígena, como el de *Caura*, donde se construyó un santuario en la parte más elevada del asentamiento.

No hubo cambios trascendentes hasta el siglo VI a. C., a partir del cual hay síntomas de que la presencia fenicia pasó por momentos críticos: los santuarios de El Carambolo y *Caura* fueron arruinados, los emporios de *Spal* y Cerro Macareno registran discontinuidades o disminución drástica de las importaciones, desaparecen las necrópolis «orientalizantes» (La Angorrilla). Los principales centros continuaron su vida, aunque en algunos se percibe la reducción de su extensión (*Ilipa*). Hasta avanzado el siglo V pero, sobre todo, en el IV a. C., no hay evidencias de que haya una recuperación visible en la afluencia de productos del área del Estrecho. Parece que estos *emporía* recuperaron su papel desempeñado en la época arcaica, de lazo de unión entre las ciudades fenicias, como *Gadir*, los territorios situados río arriba, con importantes recursos mineros, y aquellos drenados por los tributarios del *Baetis* por su margen izquierda, de una comprobada feracidad.

146 DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (2007): 111-117.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFARO ASINS, C. (1991): «Epigrafía monetar púnica y neopúnica en Hispania. Ensayo de síntesis», *Ermanno A. Arslan Studia Dicata. Glaux*, 7: 109-156.
- (1997): «Las emisiones fenopúnicas», *Historia monetaria de Hispania Antigua*, Madrid, pp. 50-115.
- ARANEGUI, C. y VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2006): «Encuentros coloniales, respuestas plurales: los ibéricos antiguos de la fachada mediterránea central», en C. Belarte y J. Sanmartí (eds.), *De les comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental. Homenatge a Miquel Cura. Arqueo Mediterrànea*, 9: 89-107.
- ARTEAGA, O. y ROOS, A. M.^a (1995): «El proyecto geoarqueológico de las Marismas del Guadalquivir. Perspectivas arqueológicas de la campaña de 1992», *AAA 1992*, II: 329-339.
- (2007): «Carmona en el paisaje antiguo del Bajo Guadalquivir», en *Actas del V Congreso de Historia de Carmona. Los orígenes de la ciudad: la Carmona protohistórica*, Carmona, pp. 43-111.
- ARTEAGA, O., SCHULZ, H. D. y ROOS, A. M.^a (1995): «El problema del 'Lacus Ligustinus'. Investigaciones geoarqueológicas en torno a las marismas del Guadalquivir», en *Tartessos 25 años después. 1968-1993. Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez de la Frontera, pp. 99-135.
- BAENA ESCUDERO, R. (1993): *Evolución cuaternaria (3 M. a.) de la Depresión del Medio-Bajo Guadalquivir y sus márgenes (Córdoba y Sevilla). Geomorfología, Aluvionamientos, Formaciones superficiales y Secuencia paleolítica* (Tesis Doctoral inédita), Sevilla.
- BORJA BARRERA, F. (1995). «El Río de Sevilla. La llanura aluvial del Guadalquivir durante los tiempos históricos», en M. Valor (Coord.), *El último siglo de la Sevilla Islámica, 1147-1248*, Sevilla, pp. 24-37.
- BORJA, F. y BARRAL, M. A. (2005). «Evolución histórica de la Vega de Sevilla. Estudio de Geoarqueología urbana», en A. Jiménez (Ed.), *La Catedral en la ciudad (I). Sevilla, de Astarté a San Isidoro*, Sevilla, pp. 5-36.
- BARRIONUEVO, F. (2001): «Prospección Arqueológica Superficial del extremo noroccidental de la provincia de Cádiz. Campaña de 1997», *AAA 1998*, II: 21-29.
- BARRIONUEVO, F., AGUILAR, L. y GONZÁLEZ, R. (1999): «Prospección Arqueológica Superficial del extremo noroccidental de la provincia de Cádiz. Campaña de 1994», *Anuario Arqueológico de Andalucía 1994*, II: 33-36.
- BELÉN DEAMOS, M.^a (2000): «El país: territorio y poblamiento», en *Argantonio. Rey de Tartessos*, Sevilla, pp. 79-115.
- BELÉN DEAMOS, M.^a y ESCACENA CARRASCO, J. L. (1997): «Economía y sociedad en la Turdetania de los siglos V-IV a. C.», *La Andalucía ibero-turdetana (siglos VI-IV a. C.). Huelva Arqueológica*, XIV: 137-160.
- BELÉN DEAMOS, M.^a, ESCACENA CARRASCO, J. L. y BOZZINO, M.^a I. (1992): «Las comunidades prerromanas de Andalucía occidental», en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz-Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum 2-3*: 65-87.
- BELTRÁN FORTES, J. (2007): «Los tiempos romanos: la ciudad de Conobaría», en J. Beltrán Fortes y J. L. Escacena Carrasco (eds.), *Arqueología en el Bajo Guadalquivir. Prehistoria y Antigüedad de Las Cabezas de San Juan*, Sevilla, pp. 119-181.
- BELTRÁN FORTES, J., IZQUIERDO, R. y ESCACENA, J. L. (2007): «El 'Cerro Mariana': Excavaciones de 1998-1999», en J. Beltrán Fortes y J. L. Escacena Carrasco (eds.), *Arqueología en el Bajo Guadalquivir. Prehistoria y Antigüedad de Las Cabezas de San Juan*, Sevilla, pp. 119-181.
- BENDALA GALÁN, M. (1975): «Un templo en Itálica de época republicana», *XIII CNA*, Zaragoza, pp. 861-868.
- (1983): «Excavaciones en el Cerro de los Palacios», *EAE*, 121:31-74.
- CABALLOS RUFINO, A., ESCACENA, J. L. y CHAVES TRISTÁN, F. (2005): *Arqueología en Laelia (Cerro de la Cabeza, Olivares, Sevilla). Spal Monografías VI*, Sevilla.
- CABALLOS RUFINO, A. (2005): «Identificación toponímica del Cerro de la Cabeza», *Arqueología en Laelia (Cerro de la Cabeza, Olivares, Sevilla). Spal Monografías VI*, Sevilla, pp. 43-55.
- CAMPOS, J., VERA, M. y MORENO, M. T. (1988): *Protohistoria de la ciudad de Sevilla. El corte estratigráfico San Isidoro 85-6*, Sevilla.
- CAMPOS CARRASCO, J. M. y VIDAL TERUEL, N. de la O. (1999): «El urbanismo de las ciudades romanas del territorio onubense: el caso de Iptucci (Tejada la Nueva)», *Actas do IIº Congreso do Arqueología Peninsular*, Universidade do Algarve, pp. 229-236.
- CARABAZA BRAVO, J. M. (1999): «El paisaje agrícola del Aljarafe sevillano», *Revista del Instituto Egipcio*, XXXI: 225-242.
- CARO BELLIDO, A. (1985): «Conobaría, contribución al estudio en torno a su localización», *MCV*, XXI: 9-18.
- (1985): *Lebrija. La ciudad y su entorno, I. (Prehistoria y Protohistoria)*, Lebrija (Sevilla).
- CARO, A., ACOSTA, P. y ESCACENA, J. L. (1987): «Informe sobre la prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el solar de la calle Alcazaba (Lebrija, Sevilla)», *AAA 1986*, II: 168-174.
- CARO, A., ACOSTA, P. y TOMASSETTI, J. M. (1999): «Informe preliminar sobre el estudio de materiales del solar de la calle Alcazaba de Lebrija, Sevilla», *AAA 1994*, II: 186-199.

- CARRETERO POBRETE, P. A. (2007): «Las villas agrícolas púnico-turdetas de la campiña gaditana (Cádiz-España)», en J. L. López Castro (ed.), *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*, Almería, pp. 187-208.
- CARRIAZO, J. de M. (1970): *El tesoro y las primeras excavaciones de Eborá (Sanlúcar de Barrameda)*. EAE, 69. Madrid.
- CEBAC (1962): *Estudio agrobiológico de la provincia de Sevilla*, Sevilla.
- CHAVES TRISTÁN, F. (2007): «Una aproximación a la ceca de *Ilipa*», en E. Ferrer, Á. Fernández, J. L. Escacena y A. Rodríguez, *Ilipa Antiqua. De la Prehistoria a la época romana*, Alcalá del Río, pp. 211-226.
- CHAVES, F. y GARCÍA VARGAS, E. (1991): «Reflexiones en torno al área comercial de Gades: Estudio numismático y económico», *Gerión. Homenaje al Dr. Michel Ponsich*: 139-168.
- (1994): «Gadir y el comercio atlántico a través de las cecas occidentales de la Ulterior», en J. Campos y F. Gómez (eds.), *Arqueología en el entorno del Bajo Guadalquivir*, Huelva, pp. 375-392.
- CHIC GARCÍA, G. (2007): «*Ilipa* romana: entre el prestigio y el mercado», en E. Ferrer, Á. Fernández, J. L. Escacena y A. Rodríguez, *Ilipa Antiqua. De la Prehistoria a la época romana*, Alcalá del Río, pp. 149-170.
- CORREA, J. A. (2000): «El topónimo *Hispal(is)*», *Philologia Hispalenses*, 14: 181-190.
- CRUZ VILLALÓN, J. (1988): «La intervención del hombre en la ría y marismas del Guadalquivir», *Eria*, 16: 109-123.
- DÍAZ DEL OLMO, F. y VALLESPÍ, E. (1988): «Evolución geomorfológica, secuencia paleolítica y geoarqueología reciente del sistema fluvial del Bajo Guadalquivir», en *Aluvionamientos cuaternarios en la Depresión Inferior del Guadalquivir: encuentros de campo (Sevilla-Huelva)*, Sevilla, pp. 37-35.
- DÍAZ DEL OLMO, F., VALLESPÍ, E. y BAENA, R. (1992): «Cuaternario y secuencia paleolítica en las terrazas del bajo y medio Guadalquivir: aluvionamientos, coluviones, suelos y paleosuelos», en *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía (1985-1992)*, Huelva, pp. 193-210.
- DÍAZ DEL OLMO, F. et al. (1989): «Terrazas pleistocenas del Guadalquivir occidental: geomorfología, suelos, paleosuelos y secuencia cultural», en *El Cuaternario en Andalucía Occidental. AEQUA Monografías*, 1, Sevilla, pp. 33-42.
- DÍAZ TEJERA, A. (1982): *Sevilla en los textos clásicos greco-latinos*, Sevilla.
- DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, C., CABRERA, P. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (1988): «Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla)», *NAH*, 30: 119-186.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (2000): «Monedas e identidad étnico-cultural de las ciudades de la Bética», en M.^a P. García-Bellido y L. Callegarin, *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo occidental. Anejos de AEspA*, XXII, Madrid, pp. 59-74.
- (2007): «Los fenicios en Occidente», en E. Sánchez-Moreno (coord.), *Historia de España. Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica, vol. I. Las fuentes y la Iberia colonial*, ed. Sílex, Madrid, pp. 75-225.
- DRAIN, M., LHÉNAFF, R. y VANNEY, J. R. (1971): *Le Bas Guadalquivir. Introduction Géographique*, Paris.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. (1986): «OSSET IVLIA CONSTANTIA: San Juan de Aznalfarache (Sevilla)», *Habis*, 17: 539-547.
- (1987): «El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir», *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre le mundo ibérico*, Jaén, pp. 273-298.
- (1993): «De la muerte de Tartessos. Evidencias en el registro poblacional», *Spal*, 2: 183-218.
- (1995): «La etapa precolonial de Tartessos. Reflexiones sobre el 'Bronce' que nunca existió», en *Tartessos 25 años después. 1968-1993. Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez de la Frontera, pp. 179-214.
- (2000a): «Los negocios del campo, de la industria y del mar», en *Argantonio. Rey de Tartessos*, Sevilla, pp. 116-136.
- (2000b): *La Arqueología Protohistórica del sur de la Península Ibérica. Historia de un río revuelto*, Madrid.
- (2002a): «Fenicios a las puertas de Tartessos», *Complutum*, 12: 73-96.
- (2002b): «Murallas fenicias para Tartessos. Un análisis darwinista», *Spal*, 11: 69-106.
- (2004): «Tartessos (des)orientado», *Colonialismo e interacción cultural: el impacto fenicio-púnico en las sociedades autóctonas de Occidente. XVIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Ibiza, pp. 7-55.
- (2007): «*Ilipa* en el contexto de la Prehistoria Reciente y Protohistoria del paleoestuario del Guadalquivir», en E. Ferrer, Á. Fernández, J. L. Escacena y A. Rodríguez, *Ilipa Antiqua. De la Prehistoria a la época romana*, Alcalá del Río, pp. 13-28.
- ESCACENA, J. L. y BELÉN DEAMOS, M.^a (1991): «Sobre la cronología del horizonte fundacional de los asentamientos tartésicos», *Cuadernos del Suroeste*, 2: 9-42.
- (1997): «El poblamiento en la Baja Andalucía durante los siglos V y IV a. C.», *La Andalucía ibero-turdetana (siglos VI-IV a. C.)*. *Huelva Arqueológica*, XIV: 137-159.
- ESCACENA, J. L. y BELTRÁN FORTES, J. (2007): «Territorio y Ecosistema: la Paleo desembocadura del Guadalquivir», en J. Beltrán Fortes y J. L. Escacena Carrasco (eds.), *Arqueología en el Bajo Guadalquivir. Prehistoria y Antigüedad de Las Cabezas de San Juan*, Sevilla, pp. 45- 53.

- ESCACENA, J. L. y GARCÍA RIVERO, D. (2007): «Primer asentamiento estable: la Edad del Cobre», en J. Beltrán Fortes y J. L. Escacena Carrasco (eds.), *Arqueología en el Bajo Guadalquivir. Prehistoria y Antigüedad de Las Cabezas de San Juan*, Sevilla, pp. 57-61.
- ESCACENA, J. L. y FERNÁNDEZ TRONCOSO, G. (2002): «Tartessos fortificado», *Actas del Congreso Internacional Fortificaciones en el entorno del Bajo Guadalquivir*, Alcalá de Guadaíra, pp. 109-120.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. e IZQUIERDO DE MONTES, R. (2002): «Oriente en Occidente. Arquitectura civil y religiosa en un barrio fenicio de la Caura tartésica», en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, pp. 123-157.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. y PADILLA MONGE, A. (1992): *El poblamiento romano en las márgenes del antiguo estuario del Guadalquivir*, Écija.
- ESCACENA, J. L. y PELLICER, M. (2007): «La necrópolis de época tartésica de Rabadanes», en J. Beltrán Fortes y J. L. Escacena Carrasco (eds.), *Arqueología en el Bajo Guadalquivir. Prehistoria y Antigüedad de Las Cabezas de San Juan*, Sevilla, pp. 93-118.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. (2005): *Tartessos y El Carambolo. Revisión e interpretación del yacimiento a partir de los datos arqueológicos*, Trabajo de Investigación de Tercer Ciclo, Universidad de Sevilla.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007a): *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del Suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*, Sevilla.
- (2007b): «Vida y muerte en la *Ilipa* tartésica», en E. Ferrer, Á. Fernández, J. L. Escacena y A. Rodríguez, *Ilipa Antiqua. De la Prehistoria a la época romana*, Alcalá del Río, pp. 69-92.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., CHASCO, R. y OLIVA, D. (1979): «Excavaciones en el Cerro Macareno. La Rinconada. Sevilla (cortes E-F-G. Campaña 1974)», *NAH*, 7: 9-93.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., GUERRERO, J. L. y VENTURA, J. J. (1996): *Orippe en la Antigüedad: las excavaciones arqueológicas de 1979 a 1983*, Dos Hermanas.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987): *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica. Huelva Arqueológica IX*, vols. I y II.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. y GARCÍA SANZ, C. (2001): «Arquitectura orientalizante en Huelva», en D. Ruiz Mata y S. Celestino (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, pp. 159-171.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, L. E., SUÁREZ, J. y MAYORGA, A. (1997): «Un poblado indígena del siglo VIII a. C. en la bahía de Málaga», en M.^a E. Aubet (coord.), *Los fenicios en Málaga*, Málaga, pp. 215-251.
- FERRER ALBELDA, E. (2002): «Topografía sagrada del Extremo Occidente: santuarios, templos y lugares de culto de la Iberia púnica», en E. Ferrer Albelda (ed.), *Ex Oriente Lux. Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica. Spal Monografías II*, Sevilla, pp. 185-217.
- (2004): «Sustratos fenicios y adstratos púnicos. Los bástulos entre el Guadiana y el Guadalquivir», *Huelva Arqueológica*, 20: 281-298.
- (2006): «La Bahía de Cádiz en el contexto del mundo púnico: aspectos étnicos y políticos», *Spal*, 15: 267-280.
- FERRER ALBELDA, E. y BANDERA, M.^a L. de la (2005): «El orto de Tartessos: la expansión agrícola durante el período orientalizante», en *Congreso Internacional de Protohistoria del Mediterráneo Occidental. El período orientalizante. Anejos de AEspA XXXV*, Mérida, pp. 565-574.
- FERRER ALBELDA, E., BANDERA, M.^a L. DE LA y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2007): «El poblamiento rural protohistórico en el Bajo Guadalquivir», en A. Rodríguez e I. Pavón (eds.), *Arqueología de la Tierra. Los paisajes rurales protohistóricos de la Protohistoria Peninsular*, Cáceres, pp. 195-224.
- FERRER ALBELDA, E. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2007a): «El fenómeno de la polis en el mundo púnico occidental», en J. J. Justel, B. E. Solans, J. P. Vita y J. Á. Zamora (eds.), *Las aguas primigenias. El Próximo Oriente Antiguo como fuente de civilización. IV Congreso Español del Antiguo Oriente Próximo II*, Zaragoza, pp. 653-667.
- (2007b): «Primeros datos sobre la *Ilipa* turdetana», en E. Ferrer, Á. Fernández, J. L. Escacena y A. Rodríguez, *Ilipa Antiqua. De la Prehistoria a la época romana*, Alcalá del Río, pp. 103-130.
- (2008): «Cerámica turdetana», en D. Bernal y A. Ribera (eds.), *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Cádiz, pp. 201-219.
- FERRER ALBELDA, E., GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y GONZÁLEZ ACUÑA, D. (e. p.): «El comercio púnico en *Spal*», *VI Congreso de Estudios Fenicios e Púnicos* (Lisboa 2005).
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2003): *El poblamiento turdetano en el Bajo Guadalquivir*. Tesis Doctoral, Universidad de Sevilla.
- (2005): «El poblamiento postorientalizante en el Bajo Guadalquivir», *Congreso Internacional de Protohistoria del Mediterráneo. El período orientalizante. Anejos de AEspA XXXIII*, Madrid, pp. 891-900.
- (2006): *El poblamiento turdetano en el Bajo Guadalquivir*. Publicaciones Electrónicas, Universidad de Sevilla.
- (2008): «La colonización agrícola de las terrazas del Guadalquivir en época romana: el caso del arroyo de Las Culebras (Dos Hermanas, Sevilla)», en R. Cruz-Auñón y E. Ferrer Albelda (coords.), *Estudios de Prehistoria y Arqueología en homenaje a Pilar Acosta Martínez*, Sevilla, pp. 483-504.
- GARCÍA, F. J., CAMACHO, M., FERRER, E. y GONZÁLEZ, J. M.^a (2005): «Informe de la Prospección Arqueológica Superficial del Término Municipal de Dos Hermanas (Sevilla)», *AAA 2002*, II: 334-344.

- GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y GONZÁLEZ ACUÑA, D. (2007): «Secuencias estratigráficas y contextos culturales de la Sevilla prerromana», *Actas del V Congreso de Historia de Carmona. Los orígenes de la ciudad: la Carmona protohistórica*, Carmona, pp. 525-566.
- GARCÍA SANZ, C. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (2000): «Peñalosa (Escacena del Campo, Huelva). Un poblado de cabañas del Bronce Final», *Huelva Arqueológica*, 16: 5-87.
- GÓMEZ TOSCAZO, F. (1997): *El final de la Edad del Bronce entre el Guadiana y el Guadalquivir*, Universidad de Huelva.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1987a): «Excavaciones de urgencia en el Cerro Naranja (Jerez de la Frontera, Cádiz), 1985», *AAA 1985*, III: 90-96.
- (1987b): «Notas sobre las excavaciones de urgencia realizadas en el yacimiento prerromano de 'Cerro Naranja' (Finca de Los Garcíagos, Jerez de la Frontera (Cádiz))», en *Cádiz en su historia. VI Jornadas de Historia de Cádiz*, Cádiz, pp. 27-44.
- (1991): «Prospección de superficie en la zona noroccidental del Término Municipal de Jerez de la Frontera (Cádiz)», *AAA 1989*, II: 85-88.
- GONZÁLEZ, R., BARRIONUEVO, F. y AGUILAR, L. (1995): «Mesas de Asta, un centro indígena tartésico en los esteros del Guadalquivir», *Tartessos. 25 años después 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez de la Frontera, pp. 215-237.
- GONZÁLEZ, R., BARRIONUEVO, F., AGUILAR, L. y RUIZ MATA, D. (1995): «Prospección Arqueológica Superficial en el entorno de las marisma de Mesas (Jerez de la Frontera, Cádiz)», *AAA 1992*, II: 71-77.
- GONZÁLEZ, R. y RUIZ MATA, D. (1999): «Prehistoria e Historia Antigua de Jerez», *Historia de Jerez de la Frontera. De los orígenes a la época medieval*, Cádiz, pp. 19-188.
- GONZÁLEZ, R., RUIZ MATA, D. y AGUILAR, L. (1993): «Prospección Arqueológica Superficial en la margen izquierda de la marisma de «El Bujón». (T. M. de Jerez de la Frontera, Cádiz)», *AAA 1991*, II: 83-92.
- GOY, J. L., ZAZO, C. y RODRÍGUEZ-VIDAL, J. (1994): «Cordilleras Béticas-Islas Baleares», en *Geomorfología de España*, Madrid, pp. 123-136.
- GRANADO LORENCIO, C. y SANCHO ROYO, F. (1985): «El río y su entorno», en *El Río. El Bajo Guadalquivir*, Sevilla, pp. 110-116.
- HUNT ORTIZ, M. (1995): «El foco metalúrgico de Aznalcóllar. Sevilla. Técnicas analíticas aplicadas a la arqueometalurgia del Suroeste de la Península Ibérica», *Tartessos. 25 años después 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez de la Frontera, pp. 447-473.
- (1999): «Intervención arqueológica de urgencia en el yacimiento Cerro del Castillo, Aznalcóllar (Sevilla)», *AAA 1995*, III: 507-512.
- IZQUIERDO DE MONTES, R. y FERNÁNDEZ TRONCOSO, G. (2005): «Del poblamiento de época orientalizante en Andalucía occidental y sus problemas», *Congreso Internacional de Protohistoria del Mediterráneo. El período orientalizante. Anejos de AEspA XXXIII*, Madrid, pp. 709-730.
- JIMÉNEZ SANCHO, A., GARCÍA VARGAS, E., GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y FERRER, E. (2006): «Aportación al estudio de la Sevilla prerromana y romano-republicana. Repertorios cerámicos y secuencia edilicia en la estratigrafía de la calle Abades 41-43», *Spal*, 15: 281-312.
- KRAMER, B. (2006): «La Península Ibérica en la Geografía de Artemidoro de Éfeso», en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. I. La época republicana*, Málaga-Madrid, pp. 97-114.
- LAVADO FLORIDO, M.^a L. (1990): «Carta Arqueológica de la margen izquierda de la desembocadura del Guadalquivir», *AAA 1987*, III: 126-133.
- LIPINSKI, E. (1984): «Vestiges phéniciens d'Andalousie», *Orientalia Lovanensia Periodica*, 15: 81-132.
- LUZÓN NOGUÉ, J. M.^a (1973): *Excavaciones en Itálica. Estratigrafía en el Pajar de Artillo (Campaña de 1970)*. EAE, 78. Madrid.
- MORENO ARRASTIO, F. J. (1999): «Conflictos y perspectivas en el período precolonial tartésico», *Gerión*, 17: 149-177.
- (2000): «Tartessos, estelas, modelos pesimistas», en *I Coloquio del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos. Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*, Madrid, pp. 153-174.
- MOURE GARCÍA, R. y FERRER ALBELDA, E. (e. p.): «Informe de la actividad puntual de Prospección Arqueológica Superficial del Término Municipal de Los Palacios y Villafranca», *AAA 2006*, en prensa.
- MURRAY, O. (2000): «What is Greek about the Polis?», en *Polis and politics Studies in Ancient Greek History*, Copenhagen, pp. 231-244.
- PELLICER CATALÁN, M. (1978): «Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir según el Cerro Macareno (Sevilla)», *Habis*, 9: 365-400.
- (1983): «Yacimientos orientalizantes del Bajo Guadalquivir», *Atti del I Congresso Intenazionale di Studi Fenici e Punici*, III, Roma, pp. 825-836.
- (1996): «La emergencia de Sevilla», *Spal*, 5: 87-100.
- (1998): «Los cortes estratigráficos de Itálica y su contribución al estudio de la dinámica histórico-cultural del yacimiento», *Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría*, Sevilla, pp. 145-186.
- PELLICER, M., ESCACENA, J. L. y BENDALA, M. (1983): *El Cerro Macareno*. EAE, 124. Madrid.

- PÉREZ MACÍAS, J. A. (1995): «Poblados, centros mineros y actividades metalúrgicas en el cinturón ibérico de piritas durante el Bronce Final», *Tartessos. 25 años después 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez de la Frontera, pp. 417-446.
- PONSICH, M. (1979): *Implantation rurale antique sur le Bas-Guadalquivir*, Publications de la Casa de Velázquez, Serie «Archéologie», Fasc. IV, Paris.
- RAMOS, J. y GONZÁLEZ, R. (1992): «Prospección Arqueológica Superficial en el Término Municipal de Jerez de la Frontera, Cádiz. Campaña 1990», *AAA 1990*, II: 64-75.
- RODRÍGUEZ VIDAL, J. (1989a): «La evolución geotectónica del sector occidental de la Depresión del Guadalquivir», en *El Cuaternario en Andalucía Occidental. AEQUA Monografías*, 1, Sevilla, pp. 21-26.
- (1989b): «El inicio de la red fluvial cuaternaria en el sector occidental de la Depresión del Guadalquivir», en *El Cuaternario en Andalucía Occidental. AEQUA Monografías*, 1, Sevilla, pp. 27-31.
- ROSA, D. DE LA y MOREIRA, J. M. (coords.) (1987): *Evaluación ecológica de recursos naturales de Andalucía*, Sevilla.
- RUIZ MATA, D. (1993): «Los fenicios de época arcaica –siglos VIII/VII a. C.– en la Bahía de Cádiz. Estado de la cuestión», *Os fenícios no território português. Estudos Orientais*, IV: 23-72.
- RUIZ MATA, D. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (1986): *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)*. *Huelva Arqueológica* VIII, vols. I y II.
- RUIZ MATA, D. y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1994): «Consideraciones sobre asentamientos rurales y cerámicas orientalizantes en la campiña gaditana», *Spal*, 3: 206-256.
- SÁEZ, P., ESCACENA, J. L., ORDÓÑEZ, S., GARCÍA VARGAS, E., GARCÍA-DILS, S., IZQUIERDO, R., VAHÍ, A. y FERNÁNDEZ, G. (2003): «Patrimonio arqueológico e histórico artístico», en *Ciencia y Restauración en el río Guadamar. Resultados del Programa de Investigación del Corredor Verde del Guadamar*, Sevilla, pp. 494-514.
- SÁEZ ROMERO, A. M. (2008): *La producción cerámica en Gadir en época tardopúnica (siglos –III/-I)*. *BAR Internacional Series S 1812*, 2 vols. Oxford.
- SAKELLARIOU, M. (1989): «*Polis et cité; État-polis et état-cité*», *Melanges P. Léveque*, 2 : 375-379.
- SALAS ÁLVAREZ, J. DE LA A. y MESA ROMERO, M. (1994): «Aproximación al poblamiento romano en la zona sur de la comarca sevillana del Aljarafe», *Un periplo de cinco años. Miscelánea de Estudios sobre la Antigüedad. Kolaíos*, 3: 145-157.
- (1997a): «Informe sobre la Catalogación del Patrimonio Arqueológico del Parque Nacional de Doñana y su entorno», *AAA 1993*, III: 786-788.
- (1997b): «Prospección Arqueológica Superficial del Término Municipal de la Puebla del Río (provincia de Sevilla)», *AAA 1993*, III: 789-797.
- (1997c): «Prospección Arqueológica Superficial del Término Municipal de Pilas (provincia de Sevilla)», *AAA 1993*, III: 798-804.
- (1997d): «Prospección Arqueológica Superficial del Término Municipal de Villamanrique de la Condesa (provincia de Sevilla)», *AAA 1993*, III: 805-810.
- SANMARTÍN, J. (1994): «Toponimia y antroponimia: fuentes para el estudio de la cultura púnica en España», en A. González Blanco, J.-L. Cunchillos y M. Molina (coords.), *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*, Murcia, pp. 227-247.
- SCHULZ, H. D. *et al.* (1995): «La línea costera holocena en el curso bajo del río Guadalquivir entre Sevilla y su desembocadura en el Atlántico. Informe preliminar sobre los trabajos de campo realizados en octubre y noviembre de 1992», *AAA 1992*, II: 323-327.
- TEJERA GASPAS, A. (1977): «Panorama arqueológico de la marisma del Guadalquivir», *Habis*, 8: 207-215.
- (1979): «Huerto Pimentel (Lebrija, Sevilla): un poblado del Bronce Medio y Final en la Marisma del Guadalquivir», *XV CNA*, Zaragoza, pp. 203-210.
- (1985): «Excavaciones arqueológicas en Huerto Pimentel (Lebrija, Sevilla)», *NAH*, 26: 87-116.
- TOMASSETTI, J. M. (1997): «Contribución al estudio del urbanismo antiguo en el Bajo Guadalquivir: el caso de Lebrija (Sevilla)», *Spal*, 6: 243-262.
- VALLESPÍ, E. *et al.* (1988): «Industrias y secuencia del Paleolítico Inferior y Medio en el Bajo Guadalquivir, provincia de Sevilla», en *Trabajos de Paleolítico y Cuaternario*, Sevilla, pp. 59-69.
- VIDAL TERUEL, N. de la O. (1997): «La economía de Tejada la Nueva (Huelva) a través de las fuentes arqueológicas, numismáticas y textuales», *Huelva en su historia*, 6: 31-45.
- (2004): «Localización e identificación de la 'Itucci/Tucci' de época romana: Tejada la Vieja versus Tejada la Nueva», *Actas do II Encontro de Arqueologia do Sudoeste Peninsular*, Universidade do Algarve, pp. 215-220.
- (2007): *Análisis arqueológico de la romanización del territorio onubense*, Huelva.
- VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, J. (2005): *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la Península Ibérica (ss. VIII-VI a. C.)*. *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, 12, Barcelona.
- ZAMORA LÓPEZ, J. A. (2007): «La inscripción sobre fragmento de pizarra hallada en Alcalá del Río: un excepcional epígrafe neopúnico», en E. Ferrer, Á. Fernández, J. L. Escacena y A. Rodríguez, *Ilipa Antiqua. De la Prehistoria a la época romana*, Alcalá del Río, pp. 131-147.
- ZAMORA, J. A., FERRER, E., PRADOS, E. y FERNÁNDEZ, Á. (2004): «Hallazgos recientes en Alcalá del Río (Sevilla), antigua *Ilipa Magna*: una placa de pizarra con inscripción neopúnica», *RStFen XXXII*, 2: 77-89.